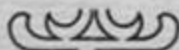


# APOTEOSIS

DEL

GENERAL

GREGORIO LUPERON



COLECCION  
"MARTINEZ BOOG"  
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

Santo Domingo.  
Imp. de J. R. Vda. GARCIA.  
1926.

27.413



000000



GENERAL GREGORIO LUPERON.



Gregorio Luperón, por Eugenio M. de Hostos.

Gregorio I. Uberti, por Gregorio M. de Hostos.

---

---

# Gregorio Luperón.

---

Para "LETRAS Y CIENCIAS".

**L**UPERON no se contentó con ser una de las más enérgicas encarnaciones que ha tenido en el siglo XIX el patriotismo, y fué también el más ardoroso representante que el antillanismo tenía en la Antilla-centro.

Hoy: cuando la conducta oficial de todos estos pueblos anula ante la conciencia de ellos mismos sus ineficaces platonismos, es un deber levantar en alto la figura del patriota entero. Así, vista de abajo para arriba, que es el único modo de mirar respetuoso que tienen las muchedumbres, el prócer de la Segunda Independencia de Quisqueya aparecerá tan grande, tan completo como era.

Antes que prócer, era hombre, y cometió mil yerros: así sea. Yo no voy a juzgar al hombre de todos los días, sino al quisqueyano de un momento solemne de la patria, y al antillano de una hora patética de la Historia de las Antillas.

Si hubiera de juzgarlo como hombre, levantaría con orgullo la cabeza, para declarar que fué uno de los hombres a quienes más altas prendas conocí, por lo cual fué uno de los hombres a quienes más he estimado.

En los días de la Restauración que fueron días de prueba para el carácter, Luperón se presenta a la historia de su patria como comparece Gambetta en la Historia de la Defensa Nacional de Francia.

A éste, por más conocido el escenario, lo vé todo el mundo en el momento del apogeo de su patriotismo, cuando recorría las provincias, apellidando patria, apostrofando a irresolutos, enardeciendo a tibios.

A Luperón nos lo representa nuestro amor a la Independencia, derecho tan alto y tan sagrado en Quisqueya como en Francia, en el momento culminante de su heroico patriotismo, cuando, según la tradición, perseguía a planazos a los irresolutos y tibios con la patria.

Estatua por estatua, si seductora de buenos es la actitud de Gambetta, más seductora de fieles al bien y a la justicia es la de Luperón: el francés se erijía su estatua con actos que el mundo contemplaba, que la expectativa del mundo estimaba, que la admiración del mundo

hacia fáciles y placenteros: el quisqueyano no sabía siquiera que se le estaba estatuyendo en la historia de su patria, cuando, desentendiéndose del mundo, sin más testigos de su heroísmo que los testigos de él, realizaba en el fondo oscuro de las selvas, en desconocidos lugarejos de un país desconocido, los prodigios de actividad, movilidad, entusiasmo y convicción que dieron a luz la Segunda República Dominicana.

En Gambetta, la gloria era un estímulo de todos los días, de cada hora, de cada despacho telegráfico, de cada salutación, de cada aclamación, de cada ovación que recibía.

Al pobre sostenedor del derecho de Quisqueya ¡qué ovación lo recibía, qué aclamación, siquiera, lo estimulaba; qué salutación, al menos, lo enardecía? El apodo que dá la fuerza escandalizada al derecho que la escandaliza: bandolero.

Bandolero, bandido, salteador de caminos, como siempre lo fueron los libertadores para los usurpadores de vida en las colonias; como lo fué Miranda, como lo fué Hidalgo, como Bolívar, Morazán, Naríño, Camarra, Santa Cruz, O'Higgins, San Martín, Artigas, como lo fué Narciso López; como lo fué Céspedes; como lo está siendo Máximo Gómez, no tuvo Luperón más incentivo que la resuelta resolución de no consentir amos en su tierra.

Pero, no es esa en absoluto la verdad: como todos los hombres, en cualquier estado de cultura, en cualquier mundo social, en cualquiera rudimentaria noción de principios directivos de grandes acciones, Luperón tenía el incentivo de la gloria: hasta se puede asegurar (y bien existe ahí talento que a tiempo se cercioró de esa gran pasión del libertador en jefe), hasta se puede asegurar que esa fué la debilidad de Luperón.

---

#### Más también su fuerza.

Aquel sólido amor a las libertades constitucionales, de que dió muestras, a pesar de sus resabios de jefe de facciones; aquel ardoroso sentimiento de progreso, que lo deslumbraba en los días del goce de poder, aquel mismo desinterés del poder, que pueden atribuir a móviles egoístas los que desconozcan en las acciones humanas la influencia de factores más eficaces; aquel laudabilísimo afán de distinguirse por acciones que merecieran alabanzas; el entusiasmo, a la vez impetuoso y refrenado, que no pudimos menos de admirar los que en Puerto Plata fuimos testigos de aquella *evolución*, tan bien concebida y preparada por Peña y Reynoso en la ciudad de los Caballeros y los Ciudadanos; con tan soberano empuje lanzada por Luperón a su objetivo; y con tan infantil candoroso y alegre pasmo aclamada por todos los pueblos del Cibao en aquellas escuelas de civismo que se llamaron Liga de la Paz; aquel su rápido percibir el punto luminoso de una opinión extraña; su prontitud al consejo, si era bueno, todas eran fuerzas que él sumaba en la cuidadosa adición de hechos concebidos por él para su gloria.

La prueba de que este estímulo tenía en él los caracteres más elevados, está en el definitivo propósito y en la premeditada dirección final



que le dió: el propósito definitivo y la dirección final que dió a su gloria. Si he de juzgar por elocuentes cartas suyas de la última hora de su expatriación y penúltima de su vida, era *Antillanismo*; la hermosa quimera que los puerto-riqueños hemos concebido; que con el ánimo y el brazo de Luperón habríamos realizado; que con ánimos y brazos como el del héroe muerto llegaríamos al fin a realizar. No es más que la Unión de las Antillas en las libertades del derecho; en los adelantos de la riqueza y el bienestar de las Antillas; en el progreso de la verdad, hecho conocimiento útil; del bien, hecho virtud económica, social e individual. La fuerza de las cosas es tan avasalladora, que ese programa sencillísimo de vida para las Antillas, tendrá que ser el programa de uno de los partidos que la lógica espontánea hará nacer.

Luperón fué el primer jefe intencional de ese partido nacido, al menos, si nacido en el espíritu de algunos, no en el medio natural en que tendrá algún día que desplegar su actividad.

Es indudable que en él, como en el ya considerable número de quisqueyanos que son antillanistas o partidarios de la Confederación de las Antillas, entraba por bastante el sentimiento, perfectamente legítimo, del interés nacional; pero no menos cierto es que lo emocionaba la previsión de gloria y la previsión de alabanzas históricas que tocaría a los que hubieran de llegar a tan alta meta.

---

Héroe en la lucha por la patria, fundador entre los más efectivos de la República, ambicioso de la gloria de hermanar en una sola nación las que han de acompañar a Quisqueya en la realización de los fines que Geografía e Historia reservan a las Antillas, Luperón es digno del llanto que ha llamado a los ojos de su patria, a los ojos de sus amigos, a los ojos de los íntimamente ligados a él por altísimos propósitos y fines.

EUGENIO M. DE HOSTOS.

Chile.

---

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page.

Breves rasgos biográficos del  
Gral. Gregorio Luperón, por Luis E. Alemar.

En los mejores momentos del  
Crisis Científica Superior, por Luis E. Alcázar

---

---

## Breves Rasgos Biográficos del General Gregorio Luperón

A Puerto Plata, la invicta y gloriosa cuna del ilustre General Gregorio Luperón, la más fulgurante espada en la guerra de la Restauración Dominicana.

**I**NDUDABLEMENTE, uno de los más ilustres próceres de la Restauración dominicana, lo fué el benemérito Gral. Gregorio Luperón.

La interesante figura de este valeroso e intrépido restaurador, brilla esplendorosa y bella, y llena de gloria y honor las páginas blancas de la historia épica de tan gigantesca jornada.

Nació Luperón en Puerto Plata, marítima población situada a la falda del monte Isabel de Torres, el día 8 de Setiembre de 1839. (1)

Sus padres, jente laboriosa y pobre, muy honrados, cristianos, y sumamente bondadosos, fueron Pedro Castellanos y Nicolasa Luperón, quienes apenas si podían llenar las necesidades más urgentes de su vida, por lo que desde muy niño, Luperón trabajaba con entusiasmo en unión de su hermano mayor, (2) para ayudar a sus buenos padres y a sus jóvenes hermanitas a quienes quería entrañablemente.

Fué, puede afirmarse así, un hijo del propio esfuerzo, cuya bien templada alma, debía recibir las mayores impresiones, para formar después su gran nombre, que la historia ostenta en sus gloriosos fastos.

De niño demostró este predestinado héroe, su talento y voluntad inquebrantable, y así le vemos humilde y modesto morenito asistir a

---

(1) En ese mismo año venía al mundo en Mayagüez, P. R. el ilustre educacionista y sabio Don Eugenio M. de Hostos, quien fue un gran amigo de Luperón y a quien le debió protección.

(2) Este hermano de Luperón se llamaba José Gabriel Luperón. Se distinguió en la batalla de Sabana Larga, llegando a obtener grados. Estuvo en el sitio de Samaná en 1857. Este valiente oficial fué de los primeros en protestar contra la anexión en 1861, saliendo para los Estados Unidos, tomando allí parte muy activa en la famosa guerra emancipadora de los esclavos. En esa guerra terrible el gobierno del Presidente Lincoln, lo ascendió al grado de Capitán Ayudante Mayor. Fué ese valiente oficial quien cortó la cadena que impedía el paso a los buques de guerra del Norte en la entrada del Missisipi. En 1868 regresó al país, pero fué expulsado por Báez que era enemigo de su hermano Gregorio.



una pequeña escuela inglesa sostenida en Puerto Plata por una sociedad londinense, en cuya escuela aprendió a leer y a escribir.

Ah! pero las apremiantes necesidades de la vida, tronchan muchas veces ilusiones en flor y roban al mundo genios admirables que condenan al obscurecimiento . . . .

El trabajo, urgente, apremiantísimo, pero honrado siempre, hipnotizó y atrajo a sus redes a este sujeto preparado para que lo desarrollara en todas sus manifestaciones. Y, a edad temprana, ¡doce años! le encontramos dirigiendo una casa de corte de maderas, establecida en Jamao y perteneciente al señor Pedro E. Dubuc.

Allí, bajo el honroso techo de aquella fábrica; junto a la sierra cortante y silbadora, en medio de inmensos trozos de bella caoba, se hizo hombre este benemérito elejido del destino, que debía cubrirse más tarde de inmensa gloria . . . .

Ejemplar cumplidor de sus deberes, honrado y dotado de una actividad asombrosa, pronto mereció la distinción y toda la confianza de su principal, que no tardó en confiarle, no sólo la dirección de todos sus negocios, sino también todo su cariño y aprecio.

Empero, había sonado ya la hora marcada en el reloj de su vida, que le ordenaba marchar por la senda de la gloria.

Y la espinosa carrera de las armas le atrajo y le llevó por vez primera, en 1857, a la Jefatura Política auxiliar del Puesto Cantonal de Rincón de Yásica. En el desempeño de este cargo, se reveló en él esa famosa actividad y fé inquebrantable, que no le abandonó jamás y que fué la esencia de sus éxitos.

Traicionados sus parciales por el Gral. Pedro Santana, que se sublevó, desconociendo los principios del 7 de Julio, proclamados en Santiago de los Caballeros, vióse Luperón caído por vez primera.

De nuevo consagró entonces sus energías al trabajo, estableciéndose en Sabaneta de Yásica en los ramos de mercancías y provisiones.

Pero, escrito estaba en el sino de su vida, parece, que no era ese el camino recto de sus triunfos, pues hombre puro y demasiado patriota, tan pronto tuvo conocimiento de que la República había sido oprobiosamente anexada a España, por Santana, se yergue indignado y lanza su protesta enérgica; dá la espalda a sus intereses y altivo y rápido y fuertemente impresionado, ante la consumación de tan infame traición, toma el camino de Puerto Plata, a donde ha sido llamado por sus amigos para lanzarse a la lucha libertadora.

¡Cuál no sería su sorpresa al ver flotar sobre los edificios públicos, en vez de la gloriosa bandera de Febrero, la enseña de la monarquía Española!

Nadie como él para mostrarnos entonces sus formidables resoluciones y sus grandes heroísmos.

Verle ahora escribir a sus amigos íntimos a su llegada a Puerto Plata: "Yo veo delante de mí un sendero largo, oscuro y penoso, pero él conduce al cumplimiento de un deber sagrado: la revolución. Si sucumbo en ella, lo que es muy probable, moriré por lo menos honradamente

en defensa de nuestra cara Patria. Si acabo mi tarea, tendré el reconocimiento de mis amigos, de mis compatriotas, y la aprobación de mi conciencia. Si desgraciadamente hiciera lo que hacen los indiferentes hoy en el país, que cruzan los brazos y aceptan el patricidio, me volvería loco».

¡Cuánto desprendimiento y qué pureza de patriotismo encierran sus palabras!

Su primer rasgo de entereza y de valor, lo ofrece en Puerto Plata, a su llegada en 1861, donde es requerido de la Gobernación para que firmara el acta de adhesión a España. Transfigurado, hirviendo su sangre y con aplomo inaudito, apostrofa a los traidores, ratifica su protesta y se niega valientemente a firmar tal documento, que encerraba para él, «la mas negra traición».

Y, como lo hiciera Duarte, el Apóstol, con santa devoción, sin vencerlo la fatiga ni los peligros, propaga incansablemente por todas partes la revolución libertadora.

Aquí delatado, allí perseguido, recorre toda la provincia de su nacimiento; lucha sin descanso y nada le arredra en su peligrosa propaganda, que vé muy pronto coronada por el éxito.

Vuela a la Línea Noroeste, donde conquista adeptos y generales de nombradía. De regreso a Puerto Plata, es náufrago cerca de Estero-Balsa, lugar donde residía por entonces el ya héroe Coronel Pepillo Salcedo, a quien conquista de paso y hace comprometer para la futura revolución restauradora.

Ya en Puerto Plata, se extiende orden de prenderle y enviarle prisionero al Morro de la Habana.

Ajeno de todo lo que contra él se tramaba, acude al llamamiento que se le hace por ante la Gobernación, y una vez allí, le declara el Gobernador, que era el Gral. Suero, que quedaba detenido.

Aquí la segunda audacia de su vida.

Descarga tremendo garrotazo sobre el Oficial de la Guardia, que rueda inútil; destroza los obstáculos que a su paso encuentra, y con un valor admirable y en pleno día, cruza como un rayo en medio de la Guardia y se escapa, perseguido a tiros.

Pronto traspone la frontera y llega a Cabo Haitiano, donde es rechazado. Se embarca para New York y allí vióse en peligro de muerte, debido al levantamiento de los irlandeses. Va después a México y allí es vijillado como sospechoso, hasta que por último, llega a Jamaica, sale para Ynagua (Isla Inglesa) y de allí se hace conducir a la costa del territorio dominicano, desembarcando furtivamente, provisto de un pequeño botiquín de homeopatía. (3)

Hombre práctico por todos aquellos contornos del monte, pronto se dirige a Sabaneta; donde era desconocido, reemplazando su nombre por el de Doctor Eugenio.

Unas cuantas pequeñas curas practicadas con éxito por Luperón,

(3) Luperón sabía bastante de Patología.



le valieron bastante distinción y aprecio y alguna superioridad entre aquella buena gente, cosa que aprovechó para lanzar de nuevo la idea que ya también germinaba en varias poblaciones de la República, y estalló por fin, aunque intempestivo e inoportuno, el grito de Febrero, cuarto movimiento revolucionario con el cual los valientes dominicanos protestaban de la oprobiosa anexión.

Pronunciando a Sabaneta, cooperando a la rendición de Mangá, peleando denodadamente en el Pellón, resistiendo heroicamente de nuevo en Sabaneta el ataque terrible de más de mil quinientos hombres con sólo treinticinco compañeros; su triste peregrinación entre los bosques, perseguido y comprada su cabeza en doscientas onzas, su resolución honrosa de no salir de la tierra de sus amores mientras no la viese libre de la opresión extraña, son méritos bastante e indiscutibles que abrillantan su nombre en la historia de ese movimiento restaurador.

Largo sería relatar los heroismos y luchas realizados por Luperón en ese movimiento que, aparentemente sofocado, se vió aparecer después, más pujante, más hermoso y bello, en la aureolada cima de Capotillo, el glorioso día 16 Agosto de 1863.

La roja aurora de aquel gigantesco acontecimiento le sorprendió a Luperón en las espesuras de La Vega, reuniendo tropas y preparando los pronunciamientos de toda aquella región, que respondió enseguida al grito restaurador. La Vega y la invicta Moca quedaron sublevadas, marchando entonces Luperón para Santiago, donde le esperaba la Gloria para coronarle con sus más verdes laureles.

En la historia de este benemérito prócer la espantosa batalla de Santiago del 6 del Setiembre de 1863, encierra sus mayores heroismos, su mayor arrojo, su mayor firmeza y su intrepidez más brillante.

Aquel día memorable, la incendiada ciudad de Santiago recibió la visita de aquel hombre prodigioso, en sus sitios de más peligro. Al pie mismo de la invencible fortaleza, sus calles principales y la Sabana del Cementerio, fueron testigos elocuentes de su intrepidez y bravura.

Y así mismo se le vió, ya salvando la vida al ilustre General Gregorio Lora, al caer herido a dos pasos de una trinchera, ora perdiendo su caballo acribillado a balazos, al querer forzar las líneas de fuegos, son rasgos hermosos y dignos que lo glorifican.

Ostentando ya su grado de General y habiendo sido, para su honra, uno de los jefes de operaciones, a la formación del Gobierno Provisorio el 14 de Setiembre de 1863, salió electo Presidente el Gral. Luperón; pero hombre modesto, renunció tal honor, prefiriendo aceptar a ruegos, la Gobernación Civil y Militar de la Provincia de Santiago de los Caballeros.

Instalado el Gobierno, lo primero que se hizo fué redactar el Acta de Independencia, importantísimo y patriótico documento que firmó también el Gral. Luperón, lleno del más justo alborozo.

Arreciada la campaña, resolvió el Gobierno Provisorio utilizar los importantes servicios del Gral. Luperón en las regiones del Este y del Sur, mereciendo el mencionado General el nombramiento de jefe de to-



das las fuerzas del Sur y del Este de la República. No se hizo rogar el soldado, y, obediente partió en seguida.

Describir toda la campaña realizada por el Gral. Luperón, sería cansado y extenso; por eso sólo haremos mención de los hechos y acciones principales en que tan valiente General se encontró.

Sus acciones en el Sillón de la Viuda, la batalla de Arroyo Bermejo y sus ataques a Guanuma, aumentaron su gloria y su prestigio.

Calumniado por algunos egoístas, siendo jefe de las fuerzas del Sur, estuvo a punto de ser fusilado; pero habiendo protestado el ejército y las principales personalidades del Cibao, pudo evitarse su muerte injustificada, siendo únicamente confinado a Sabaneta.

De allí le sacó más tarde el Gobierno para confiarle nuevamente la jefatura de las fuerzas del Este, de la que se hizo cargo, sumando a la ya larga lista de sus triunfos, estos otros que a continuación citamos y que sirvieron para afirmar más su gloria indiscutible.

Dió la batalla de San Pedro, la de Los Llanos y la de la Sabana del Vija, en la cual luchó cuerpo a cuerpo. En esta acción fué envuelto el Gral. Luperón por la caballería enemiga recibiendo tres sablazos, y solo por uno de sus rasgos de audacia y por la oportuna intervención del valeroso Gral. Antonio Caba y sus oficiales pudo salvarse.

Dió después la célebre batalla del Paso del Muerto, en el río Yabacao, en la cual murió el Gral. Suero (4) prócer dominicano de la primera guerra de independencia, vallentísimo, pero que servía en la guerra restauradora en las filas españolas.

El pundonoroso Gral. Luperón fué después Gobernador de la Provincia de La Vega, y en 1865 Ministro de la Guerra del Gobierno Provisorio, del que fué más tarde Vice-Presidente.

Tocóle al Gral. Luperón realizar el canje de los prisioneros dominicanos en Puerto Plata con el Brigadier de Marina Don José Lozano en 1865.

Delegado en el Cibao y Gobernador de Santiago de los Caballeros en el Gobierno del Protectorado en 1865.

Tomó parte activa en la revolución contra Báez en 1866, pero debelado el movimiento revolucionario, salió expulso.

Caído Báez en su tercera administración e instalado el Gobierno del Triunvirato, fué elegido el Gral. Luperón como triunviro en unión de los Generales Pimentel y García, próceres ilustres, en 1866.

Vuelto Báez al Poder en 1868, estuvo en él hasta 1874. Durante esos siete años el Gral. Luperón lo combatió sin descanso hasta su caída.

En el año 1874 se le ve ocupar una curul en la Convención Nacional, como Diputado por Santiago de los Caballeros.

Ministro de la Guerra del Gobierno del ilustre y preclaro ciudadano Don Ulises F. Espaillat, en el año 1876.

---

(4) El verdadero nombre del Gral. Suero, era Severino Carmona. Era natural de San Cristóbal y General de la antigua República.

Otra vez expulso a fines de 1876.—Regresa en 1878.

Presidente de la Liga de la Paz en Puerto Plata.

Presidente de la República en el Gobierno Provisional de 1879—1880.

Comisionado ante las Cortes de Europa (5) en 1882.

Delegado del Gobierno del Gral. Heureaux en el Cibao, en 1887.

Fué tanto el prestigio y nombre que llegó a alcanzar el General Luperón en el escenario político, que su voluntad era consultada en todo y para todo.

El ponía y quitaba gobiernos, principalmente si éstos no cumplían la Constitución, de cuyo cumplimiento fué celoso siempre.

Por ejemplo, el Doctor Meriño y Ulises Heureaux le debieron la Primera Magistratura del Estado a él, que siempre la rechazó.

Otros muchos cargos desempeñó este gran hombre de claro talento y tan notable en la historia dominicana.

El Gral. Luperón era de constitución robusta, de color oscuro y de modales distinguidos. Era hombre de mucho talento y sobre todo muy valiente. Viajó mucho y estaba relacionado con los hombres más ilustres de aquella época. Era masón y pertenecía a infinidad de sociedades.

Ultimamente, enemistado con el Gral. Heureaux, salió expulso para Saint Thomas, ya achacoso y enfermo, agravándose allí, a donde le fueron a buscar sus amigos en 1897, trayéndole a Puerto Plata para morir de penosa enfermedad el día 21 de mayo de 1897.

LUIS E. ALKMAR.

---

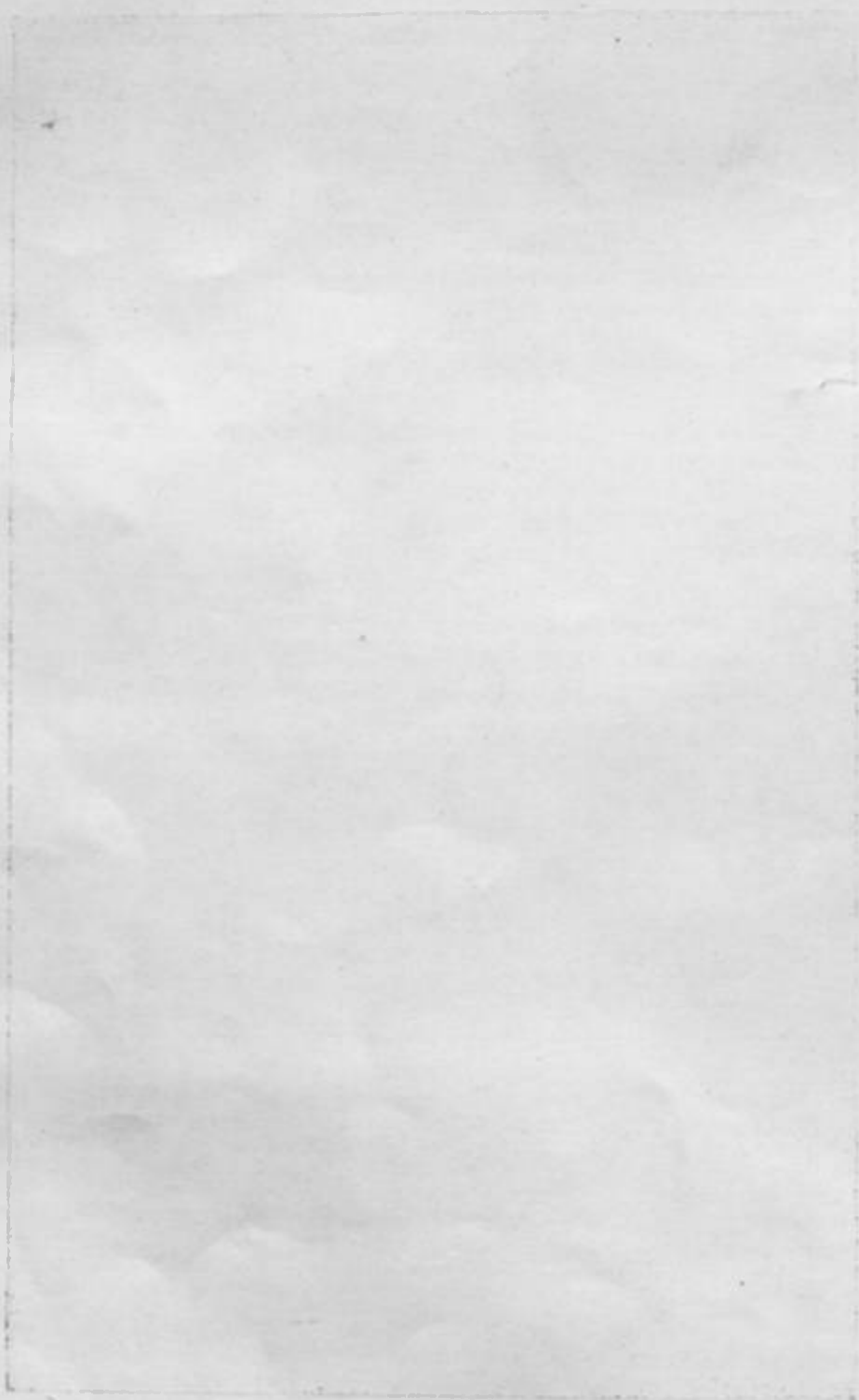
(5) En 1882, escapado de Madrid, el entonces hacendado cubano Flor Crombet, quien llegó a distinguirse después en la guerra de Cuba, llegó a París sin un centavo. Luperón y el Dr. Betances que era su íntimo amigo, fueron los únicos que ayudaron en su desgracia al ilustre libertador cubano, apesar de haber en París entonces una rica colonia cubana.

**Apoteosis del General Gregorio Luperón.**

Academia del General Cerezo Paredón.



DE LA ICONOGRAFIA DEL HEROE. DURANTE SU EXILIO.



---

---

## Moción del Senador Limardo.

SENADOR LIMARDO.—Con permiso de la Presidencia.

(Asentimiento)

Para presentar esta otra moción.

Senador: Ricardo Limardo.

Tópico: Apoteosis del Gral. Gregorio Luperón.

*“Desgraciado el país en que se deja que la mano del tiempo borre de la memoria el nombre de sus héroes.*

*“Desdichada la nación en la que las jornadas gloriosas quedan convertidas en simples efemérides.*

R. ZAYAS HENRÍQUEZ.

Honorables Senadores:

Efectuada la Apoteosis del invicto General José Ma. Cabral, el orador Sr. Logroño, en uno de sus brillantes períodos de elocuencia señaló la próxima apoteosis del también glorioso soldado de nuestra RESTAURACION, el bravo General Gregorio Luperón.

Como puertoplateño y también teniendo desde largo tiempo igual pensamiento, así como convencido de que es un acto de justicia, mi deber es recojer el guante; nada más satisfactorio para mí, nada puede enorgullecerme tanto, como contribuir a glorificar a nuestros héroes.

La nieve de la indiferencia no debe seguir marchitando sus laureles, la justiciera Posteridad se acerca y, es el momento de exhumar reos tan glorioso para que: “La gloria que es el sol de los muertos, ilumine su sepulcro con luz esplendorosa”. Si, en el reposo del sepulcro, a las sombras de la eternidad brillarán con todo esplendor los laureles que le adornan sin que la envidia los devore.

Pido a mis Honorables compañeros en esta Cámara, acoger sin discusión este proyecto, votando la presente ley:

**EL CONGRESO NACIONAL,**

**EN NOMBRE DE LA REPÚBLICA.**

**HA DADO LA SIGUIENTE LEY:**

Art. 1o.—Se resuelve el traslado de los venerandos restos del Prócer General Gregorio Luperón a la Capilla de los Inmortales en la Santa Basílica.

Art. 2o.—Se fija el 16 de Agosto de 1925 para verificar la ceremonia arriba dispuesta.

Art. 3o.—De los fondos no afectados de otra manera, se destina la suma de *Quinientos Pesos oro Americano* para cubrir los gastos del traslado y costear una lápida de mármol que será colocada en el sitio que habrá de guardar a perpetuidad tan sagradas reliquias.

Dada en la Ciudad de Santo Domingo de Guzmán, Capital de la República, a los días del mes de Marzo del año 1925.

Fdo. RICARDO LIMARDO.

SENADOR DEL MONTE.—Pido que la votemos de pié, considerándose como primera lectura, como justo homenaje al Gral. Luperón.



---

---

## Ley del Congreso Nacional.

EL CONGRESO NACIONAL,  
EN NOMBRE DE LA REPÚBLICA.  
HA DADO LA SIGUIENTE LEY.

Número 319.

Art. 1º—Se resuelve el traslado de los venerandos restos del Prócer Gral. Gregorio Luperón a la Capilla de los Inmortales en la Santa Basílica.

Art. 2º—Se fija el día 16 de Agosto de 1926 para verificar la ceremonia arriba dispuesta.

Art. 3º—De los fondos no afectados de otra manera, se destina la suma de hasta *quinientos pesos oro americano* para cubrir los gastos del traslado y costear una lápida de mármol, que será colocada en el sitio que habrá de guardar a perpetuidad tan sagradas reliquias.

Párr.—Envíese al Poder Ejecutivo para los fines constitucionales.

Dada en la Sala de Sesiones del Palacio del Senado en la ciudad de Santo Domingo, capital de la República Dominicana, a los once días del mes de Noviembre del año mil novecientos veinticinco, años 82º de la Independencia y 63º de la Restauración.

El Presidente,  
G. A. Díaz.

Los Secretarios:

ARIGAIL DEL MONTE,  
V. LINARES E.

Dada en la Sala de Sesiones de la Cámara de Diputados, en Santo Domingo, Capital de la República Dominicana, a los cuatro días del mes de Diciembre de mil novecientos veinticinco, años 82º de la Independencia y 63º de la Restauración.

El Presidente,  
E. BONETTI BURGOS.

Los Secretarios:

JUAN DE J. CUBIEL,  
ML. R. CASTELLANOS.

Ejecútese, comuníquese por las Secretarías de Estado correspondientes, publicándose en todo el territorio de la República para su conocimiento y cumplimiento.

Dado en la Mansión Presidencial, en la ciudad de Santo Domingo, Capital de la República Dominicana, a los nueve días del mes de diciembre del año mil novecientos veinticinco.

**HORACIO VASQUEZ,**  
Presidente de la República.

Refrendado:

**LUIS FELLETTIER,**  
Secretario de Estado de lo Interior,  
Policía, Guerra y Marina.

Refrendado:

**DR. J. D. ALFONSECA,**  
Secretario de Estado de Hacienda  
y Comercio.

---

---

## Programa de los Actos Oficiales con motivo de la apoteosis del Gral. Gregorio Luperón.

1.—El Secretario de Estado de lo Interior, Policía, Guerra y Marina, acompañado de una escolta de Oficiales de la Policía Nacional y el Senador por la Provincia de Puerto Plata, Dr. J. D. Alfonseca, se dirigirán a la Ciudad de Puerto Plata con objeto de asistir a la exhumación de los venerandos restos, los cuales serán colocados en una urna de plomo y roble.

2.—Un tren expreso será puesto exclusivamente a la disposición del Secretario de Estado de lo Interior, Policía, Guerra y Marina para trasladar a la Ciudad de Santiago los restos, el cortejo de honor y las tropas.

3.—La Sra. Doña Luisa Luperón, hija del prócer preclaro, formará parte del cortejo de honor.

4.—Un carro automóvil de la Policía Nacional, adornado con trofeos de banderas dominicanas recibirá en la Estación de Santiago los restos para ser conducidos a la Ciudad Capital.

5.—Al paso del cortejo por las Ciudades de Santiago, Moca y La Vega, se le tributarán los honores que hubiesen sido dispuestos por los respectivos Ayuntamientos.

6.—Llegados a la Ciudad de Santo Domingo se depositarán los restos en la Iglesia de San Carlos, donde permanecerán hasta las 6 de la mañana del 16 de Agosto, de donde serán trasladados a la capilla ardiente que se levantará al efecto en el Baluarte 27 de Febrero.

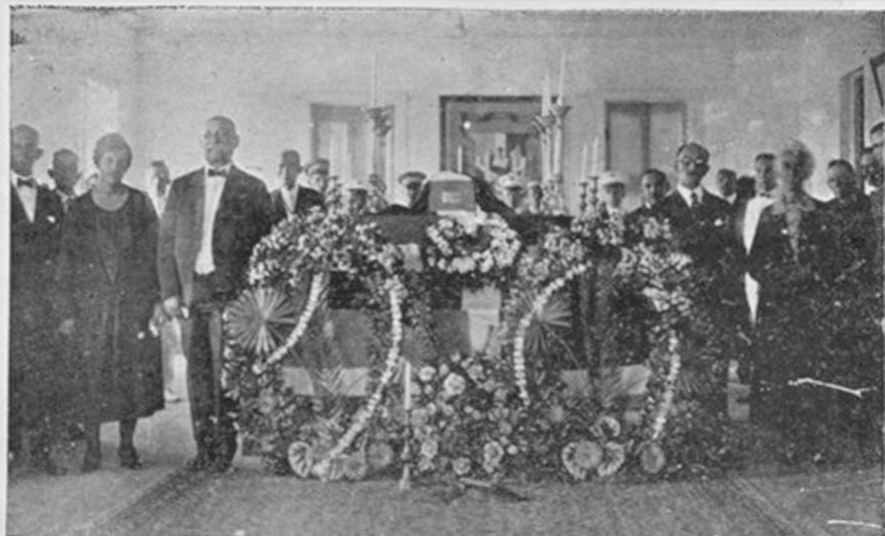
7.—Una escolta de oficiales de la Policía Nacional y Policía Municipal hará guardia de honor en dicha capilla ardiente, hasta el momento de su traslado a la Capilla de los Inmortales en la Santa Basílica Metropolitana, acto que se efectuará el 16 de Agosto a las 4.30 de la tarde.

8.—Se replica al culto público capitalino siga descubierto tras el cortejo de honor a fin de dar mayor lucimiento al acto.





**Exhumación de los restos del Paladín, realizada en la ciudad de San Felipe de Puerto Plata el día 13 de Agosto de 1926.**



**Guardia de honor del Secretario de E, de lo Interior, Policía, Guerra y Marina, General Don Ricardo Limardo, de Don Luis Ginebra, Gobernador Provincial, del Senador por la Provincia Doctor José Dolores Alfonseca y del Presidente del Ayuntamiento Don Jorge de Lemos, en la capilla ardiente levantada en el salón principal de la Gobernación de San Felipe de Puerto Plata, en la mañana del 14 de Agosto de 1926.**



---

Discurso pronunciado por el General Ricardo Limardo,  
Secretario de E. de lo Interior, Policia, Guerra  
y Marina en el momento de  
exhumar los restos.

---

**H**OY es el día de mi vida que me siento mas orgulloso de ser puertoplateño, porque sin duda alguna el pueblo que paga tributos como este, al mas preclaro de sus hijos, al egregio General Gregorio Luperón, es un pueblo que merece respeto y admiración porque es de aquellos que no permiten que la fría e inexorable mano del Tiempo, borre del sereno libro de la Historia, el nombre de sus héroes verdaderos, de sus verdaderos representativos: es un pueblo, en fin, que jamás puede ser esclavo.

La Justicia es una divinidad que marcha a paso lento, es verdad, pero infaliblemente llega. I la Gloria, Señores, es el sol que ilumina y da vida eterna a los inmortales: y ella, no permitirá en lo adelante, que la envidia y demas pasiones ruines, traten de marchitar los laureles nacidos sobre el pecho del guerrero insigne en todas las modalidades de su carrera luminosa y triunfal, laureles que día tras día, se agigantan sobre esa pequeña urna que guarda las cenizas venerandas, los despojos mortales del Hombre extraordinario, símbolo epónimo y máximo de la Restauración de la República.

Yo no me envanezco, Señores, de haber sido el autor de la Moción presentada al Senado de la República, y cuyo espíritu culminará en la apoteosis, y el descanso definitivo del Héroe en la Capilla de nuestros inmortales, porque ese es un deber inaplazable que todos teníamos que cumplir, pero, sí siento bullir en lo mas íntimo de mi ser moral, una satisfacción tan intensa, que rápidamente se transforma en un inmenso y soberbio, cuanto justo orgullo, al haber sido, por una como gracia de la divina Providencia, quien ha de custodiar y conducir esta sagrada reliquia, tan sagrada y cara como el mismo corazón de la Patria.

Puertoplateños, yo os abrazo fraternalmente, y os felicito, porque al honrar al perínclito hijo de la heroica ciudad de Puerto Plata, os habeis colocado a la más brillante y envidiable altura cívica que puede aspirarse: a la de la estimación nacional.

---

Discurso pronunciado por el Gobernador de Puerto Plata,  
Sr. Luis Ginebra, al iniciarse la procesión cívica  
celebrada en aquella ciudad, con motivo del  
traslado de los restos del Gral. Gregorio  
Luperón, a la Capilla de  
los Inmortales.

---

Señores:

**E**L Gobierno que preside el Hon. Gral. Horacio Vásquez, deseoso de exteriorizar una vez más el culto que nuestro pueblo tiene por la augusta memoria de sus libertadores, y, dando cabal cumplimiento a una Ley de las Cámaras Legislativas, ha ordenado el traslado de los venerables restos del General Gregorio Luperón a la Capilla de los Inmortales, para que reposen allí, junto con los de los demás ilustres campeones del honor nacional.

Ni las brillantes palabras de un orador elocuente, ni los trazos fulgurantes de una pluma de oro, serían bastantes a exultar la memoria de ese egregio varón restaurador, cuya espada pasmó de admiración a sus soldados y puso en fuga a las huestes enemigas para decidir el porvenir de la República.

La apoteosis del General Luperón no es un acto reparador, como se ha dicho; es sencillamente un acto de justicia que realiza el pueblo dominicano, acogiendo la oportuna iniciativa del Ex-Senador Don Ricardo Limardo, actual Secretario de Estado de lo Interior y Policía. Glorificar el nombre de los bravos adalides que se sacrificaron para libertarnos de la opresión extraña, es el cumplimiento de un deber que honra a la Patria misma y a quienes lo realizan.

Muchos años han pasado desde que el pueblo dominicano contempló atónito las proezas estupendas de Gregorio Luperón. Pero a medida que el tiempo avanza, la figura del héroe se agiganta, al través de la Historia, en el recuerdo de sus compatriotas, y las generaciones de hoy lo contemplan, lapidario y bravo, dominante y resuelto, rompiendo con su espada las ligaduras de la Patria sojuzgada, para hacerla digna de la grandeza de sus fundadores.



Que este acto de alta trascendencia cívica, ponga en nuestros corazones, cada vez más ardiente y tenaz, el anhelo de luchar en la paz, como lucharon estos grandes patricios en la guerra, por el engrandecimiento de la Patria, para que así el dolor que deja en el ánimo de Puerto Plata, el vacío de ese sagrado tesoro, que va ahora a vivir vida de gloria en la Capilla de los Inmortales, sea fecundo en satisfacción para todos los dominicanos!

COLECCION  
"MARTINEZ BOOG"  
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

---

Discurso del señor Jorge de Lemos, Presidente del  
Ayuntamiento de Puerto Plata, en la  
Apotheosis del Gral. Luperón.

Señores:

**E**L sentimiento de la justicia, irguiéndose avasallador y propicio por encima de todos los convencionalismos, se detiene ante los despojos de un hombre extraordinario que, unjido por la admiración de su pueblo, va en gloriosa apotheosis a ocupar su puesto en el alcázar de la inmortalidad...

Ah! Qué grandes y dignos aparecen los pueblos ante el juicio sereno de la Historia cuando saben reverenciar a sus muertos ilustres! Y qué hermoso espectáculo el de un pueblo que sabe tejer coronas de laurel para sus adalides insignes!...

La época presente ha de caracterizarse en los fastos de la República Dominicana por las reparaciones históricas, así como en épocas pretéritas florecieron la ingratitud y el olvido, como único galardón reservado a los grandes paladines del derecho.

Ayer, el héroe legendario, el brazo férreo que abatió las huestes haitianas en los ardidos campos de Santomé y La Canela; hoy el bizarro campeón, el titán irreductible de la epopeya de Agosto, el sol que descendió al ocaso dejando una estela de grandezas inenarrables en la brillante constelación de Hispano-América...

Luperón fué asombro de los valientes en la contienda, y para llegar hasta él se necesita ser águila y ensayar el vuelo hacia las alturas, morada esplendorosa de los genios, ambiente de luz y de verdad, inaccesible a las almas egoístas.

Fué Luperón uno de esos hombres excepcionalmente fuertes de que nos habla Carlile; un temperamento de acero forjado al fragor de las batallas, negados al dolor como los héroes mitológicos, inmovible y secular como la montañía enhiesta que le vio nacer.

No fué nuestro héroe un caudillo mediocre. Hombre singularmente dotado por la Naturaleza, solía espigar con éxito sobrancero en el campo de las ideas. Diganlo, sinó, sus notables arengas y proclamas y

su estudio sobre las cosas y los hombres de su tiempo, que ha recogido con amor la posteridad, y en las que corren parejas la elevación del pensamiento y la esquisitez impecable de la forma. En sus labios la palabra era rayo y era ritmo.

En las asambleas políticas era muralla infranqueable a las ideas reaccionarias; su verbo audaz y convincente impuso decisiones que triunfaban siempre por la lógica aplastante de las circunstancias y por la virtualidad de una dialéctica irresistible.

Aún viene a la memoria, como tonalidades de un pasado lleno de encantos, los días de mi infancia que discurrieron cerca del General Luperón y en la compañía de su hijo Jacobito, mi inseparable amigo! Tuve la dicha de contemplar al prócer puertoplateño en sus momentos de suprema felicidad como en sus horas de exaltación patriótica. Oí su voz atronadora en la memorable mañana del 13 de Noviembre, cuando un grupo de jóvenes, capitaneados por el general Manuel María Almonte, y en el que figuraban elementos distinguidos, tales como Ricardo Limardo, Eugenio Kunhardt, Agustín Morales, José Ramón López y otros, llamó a sus puertas para que asumiera la dirección del movimiento iniciado contra el gobierno del general Ulises Heureaux. "Yo no encabezo revoluciones; vayan ustedes si quieren", les dijo con ímpetu severo. . . . Si, aún me parece contemplarle, en su corcel de guerra, calado el yelmo glorioso, tomar el camino del Guanábano, acompañado de numerosos amigos, al caer en la brega fratricida el general Félix Tavárez, uno de sus más bravos y leales tenientes. . . . .

Pasa, héroe! Vuelve a recorrer triunfante, en hombros de la gratitud nacional, los campos que fueron testigos de tus ínclitas proezas. mientras me inclino reverente ante la magnitud de tu odisea y evoco las "épicas consagraciones del patriotismo" para decirle adiós a tus cenizas venerandas.

---

Discurso pronunciado por el Pbro. Can. Lic. Rafael C.  
Castellanos, en Puerto Plata, con motivo de  
la Apoteosis del General  
Gregorio Luperón.

Señores:

**L**A magnitud del héroe cuya apoteosis celebramos requiere un orador máximo, notabilísimo de bien sentada fama, que tenga vuelos de águila, altura de montaña y resplandores de sol...

No soy yo quien debió tener a su cargo la parte oratoria principal de este edificante acto, porque no reúno las condiciones necesarias para ello; pero acepté la designación que me capacita para dirijiros la palabra, porque aunque sean escasas mis facultades intelectuales y muy pobres mis conocimientos, debía ponerlos al servicio de esta hermosa manifestación de gratitud nacional.

Puertoplateños: En este día os contemplo con orgullo. Dáis un testimonio elocuente de vuestra grandeza moral, de vuestro desprendimiento, de vuestra admirable generosidad. Os desprendéis, sin torpes egoísmos, de lo más grande y rico que poseéis, de la reliquia patriótica más sagrada que teníamos en nuestro seno, de lo único que ya queda de aquel gigante del civismo que se llamó Gregorio Luperón, el Ciudadano más eminente que ha producido esta Ciudad, cuyo nombre llenó con gloria toda la República y se dilató fuera de sus horizontes.

El héroe de Dajabón, Guayubin y San Pedro es nuestro exclusivamente: aquí vino a la vida el 8 de Septiembre de 1839, aquí creció y se formó en las duras escuelas del infortunio, aquí comenzó con un acto heroico su carrera política y su consagración a la defensa de la independencia Nacional y de las libertades públicas, aquí patentizó que era tan admirable en la paz como en la guerra, aquí presidió el mejor gobierno provisional que tuvo la República, aquí ofreció los más evidentes testimonios de que su patriotismo era puro, desinteresado, sin propósitos de exultaciones personales, aquí "desdeñó mil veces la Presidencia de la República" y dejó burlado los propósitos de sus adversarios...

A Puerto Plata le corresponde guardar esos preciosos restos; pero esta Ciudad crece y se agiganta ante el país haciendo generosa dona-

ción de su más rico tesoro y contribuyendo con su desprendimiento que sea espléndido y sin sombras esta popular demostración de la gratitud Nacional. Veamos, complacidos, partir para la Ciudad Capital los restos de ese benemérito ciudadano que hizo de la Patria un culto y que fatigó la Victoria contra los vendimiadores, los anexionistas y los enemigos del gran partido Nacional liberal que, por él, se acostumbró a cantar constantemente gloriosos triunfos que beneficiaban a la generalidad de los dominicanos.

Ojalá que al llegar sus venerandos restos a la Capilla de los Inmortales, haya en nuestra primera Ciudad florecimiento de virtudes cívicas y no sea el egoísmo quien inspire a la mayoría de los gobernantes, y legisladores, sino el desinterés, la abnegación, el verdadero amor a la Patria y el exacto cumplimiento de los deberes cívicos, para que la República sea tan grande, tan digna, tan feliz, como lo deseaba el famoso General que durante su vida pública quebrantó la cerviz y poder de quienes quisieron esclavizar al pueblo de sus amores.

Conciudadanos: Ante esos preciosos despojos que van en brazos de la Gloria y en presencia de este acto en el cual palpita el reconocimiento de un pueblo que sabe honrar a sus grandes hombres, debemos entregarnos a saludables meditaciones. Lo que vemos son manifestaciones exteriores; pero nosotros debemos ahondar y llegar hasta las causas de esos efectos.

Hemos ido ayer al Cementerio; fuimos al sagrado recinto de los muertos en peregrinación patriótica. Encontramos allí numerosas tumbas, centenares de personas sepultadas y, sin embargo, únicamente fuimos a honrar los restos de un solo hombre, ¿por qué así? ¿por qué ese exclusivismo? ¿por qué siendo tantos los que allí duermen el eterno sueño solo uno ha sido el escogido para esta Apoteosis? Ah, porque ese fué el más glorioso, el más admirable en su civismo, una vez que hizo del patriotismo una religión y un culto, y los que cumplen abnegada y heroicamente sus deberes cívicos y practican denodadamente el patriotismo viven muy esclarecidos en el alma y en el corazón de su pueblo.

El patriotismo fué quien dignificó, elevó é inmortalizó al General Luperón. Su patriotismo fué tan desinteresado y organizador como el de Duarte, tan heroico como el de Sánchez y tan activo y atrevido como el de Mella.

Luperón tuvo una cuna oscura, humildísima, y por su ardiente amor al suelo patrio, salió de la vida el 20 de Mayo de 1879, siendo un gigante, un Himalaya, una cumbra gloriosísima. ...Quiso ser útil a su país no solo en las inquietudes de la guerra sino también en las dulzuras de la paz.

En los combates por el honor y la dignidad Nacional fué militar vigoroso, fuerte, activo, de admirable pericia, de valor espartano, de arrojo temerario que «despreció en mil ocasiones los abismos de la muerte con imperturbable serenidad». Por su desprecio a la muerte y por su envidiable serenidad se desposaba frecuentemente con la victoria y ponía sus plantas sobre el cuello de los tiranos. Cuando niño fue del montón anónimo como que era pobre su madre sin ningún valimiento social; no tuvo una escuela que valiera la pena; pero el deseó acudir a

las necesidades de la Patria en tiempos de Paz, comprendió que para ello necesitaba ilustración y se dedicó al estudio y adelantó tanto y ganó tantos conocimientos que llegó a ser orador, escritor, diplomático y estadista de muy altos vuelos.

Tiene, pues, el General Luperón muchas ejecutorias para merecer estos honores. Al atravesar nuestro héroe el estrecho paso de la muerte fué más afortunado que Duarte, Sánchez y otros muchos defensores de la Independencia Nacional.

Exhaló su último suspiro entre los suyos, en su ciudad amada, rodeado de consideraciones y de afectos, y se le hicieron los funerales más suntuosos que se han efectuado en el territorio Nacional.

Sus restos no han tenido que ser exhumados en playas extranjeras ni en lugares patibularios. Quiso la Providencia que en la tierra, tuviesen ese premio las virtudes cívicas y los grandes merecimientos del Restaurador que ahora glorificamos.

Compueblanos: Inclinémonos amorosa y respetuosamente sobre los huesos del único compueblano nuestro que va a reposar donde "reciben perenne tributo de veneración los Padres de la Patria" y prometamos seguir sus huellas luminosas.

Dejemos que Luperón dé aún, después de muerto, lecciones de abnegación, de desprendimiento, de respeto a la voluntad nacional, permitiendo que sus restos sean sacados de esta Ciudad en la cual, sin duda, quiso él dormir su eterno sueño, una vez que vino expresamente del ostracismo a pagarle aquí su tributo a la tierra.

Marcha, esclarecido varón, a la Capital de la República con la honra correspondiente a las virtudes cívicas que en tí, resplandecieron y a tus merecimientos como Restaurador sobresaliente y dí allí en el cerebro de la República, a las numerosas generaciones que el tributo de admiración y de veneración que más te agrada es que luchen ansiosamente y con perseverancia, hasta lograr que la tercera República sea absolutamente independiente, absolutamente libre y absolutamente soberana! . .

Y vosotros, Señor Senador por esta Provincia y Señor Secretario de Estado de lo Interior y Policía, que habéis venido en busca de estos restos venerables recibidlos y llevadlos con la debida honra y hacedles saber a quienes dispusieron esta Apoteosis que esta meritoria obra de glorificación será inmortal en nuestra gratitud!

---

Discurso pronunciado por el Comisionado, Senador  
Dr. J. D. Alfonseca, en el momento de recibir  
en Pto. Plata, los despojos del Benemérito  
General Gregorio Luperón, para  
conducirlos a esta Capital.

Señores:

**A**l recibir tan gloriosas reliquias, quisiéramos, los miembros de esta Comisión, que por todo el camino a recorrer para depositarlos en la Capilla de los Inmortales, ellas sirvieran como de fuente misteriosa en donde, de Norte a Sur de la República, todas las almas del sendero pudiesen mitigar su sed de justicia, de Patria y de ideales: quisiéramos nosotros que una secreta promesa espiritual, surgiendo del fondo de las almas para elevarse al cielo como plegaria patriótica confundiese los anhelos de aquí abajo con el hálito inmortal en que vive allá arriba, aquella numen que le inspiró, a éste hombre ilustre, el valor irresistible para vencer a la muerte y al destino en los campos de batalla y esa fé cívica admirable que él empleó para fortalecer en la paz, con sus ideas y con su ejemplo, por sobre el vértigo sangriento de los errores fratricidas, el culto a esa Patria libre y respetada a la cual ofrendó los momentos de su vida y que fué siempre como la impecable obsesión de sus ensueños: quisiéramos nosotros que en sincera oblación, por todo el trayecto que esos sagrados despojos van a recorrer, todos los hombres depositasen las mas preciosas flores del jardín espiritual con las cuales la gratitud de los pueblos jenerosos y conscientes compra o paga el sacrificio de sus grandes hombres; quisiéramos en fin, que esta admiración de hoy, que este entusiasmo y esta ovación atronadora no fuese una fiesta fugaz, sino que, por el ejemplo de su vida ilustre, la apoteosis de Luperón que ahora se celebra, llegase a ligar de tal modo el espíritu de nuestras multitudes al recuerdo de este egregio patricio, que él quedase para siempre en la imaginación o en la conciencia o en el cerebro o en el corazón de todos los hombres para inspirarles, mientras ellos se encaminan al inmenso taller en donde se desenvuelve la multiforme actividad social amasando o fabricando la grandeza y la gloria de la Patria, trabajo infatigable en nuestros músculos, ciencia prodijiosa en el cerebro, virtud y caridad en

el corazón y arrojo e ímpetu irresistible a nuestros nervios en las batallas por la libertad.

Obedeciendo sin duda a ese instinto de engrandecimiento nacional que guía y empuja la acción de los buenos gobernantes o ejercitando una delicada función de preservamiento social, es por lo que el jefe del actual Gobierno ha amparado, ayudado y abrigado la iniciativa de esta gran apoteosis, porque entre las realizaciones sinceras, entre los actos de verdadera reconstrucción nacional con los cuales él se empeña en asegurar el porvenir de la Patria, no podrían faltar nunca estos de reparación histórica y de exultación cívica porque alumbrando así la conciencia popular e iniciándola en la elevación de alma de nuestros hombres superiores, también educamos al pueblo y lo instruimos en la virtud del patriotismo, dándole savia y vigor, idea y temple, resistencia y voluntad para que él pueda afrontar en la inconmensurable ruta del porvenir, en defensa de la Patria, todos los embates del destino, del error o la desgracia.

No basta, señores, que este hombre extraordinario, cuyos manes bendecimos ahora, sin preparación de ninguna especie, se improvisara en medio de las necesidades de la Patria, héroe libertador, estadista previsor, mentor clarividente y bienamado; no es necesario también, que cuando un hombre así, lance al mundo y a los misterios de la vida la simiente de sus ideas, de sus esfuerzos y de sus heroísmos, haya luego una acción generosa y noble que ampare esa idea, que salve ese esfuerzo y que muestre esas acciones heroicas, para que todos cuantos lleguen después, fortalecido el espíritu con la emulación constructiva y salvadora, sepan cumplir con sus deberes.

Glorificar a los héroes, bendecir a los fundadores de la nacionalidad es también organizar y gobernar, porque es enseñarle a las generaciones que se suceden, los resortes que se pusieron en movimiento y las maravillas de la voluntad humana que se utilizaron para obtener los triunfos de la Patria.

Como a todos los mortales no les toca la dicha inmensa de triunfar en los azares de la vida, es plausible y necesario y patriótico que cuando un ciudadano superior logre ensanchar su personalidad por encima de los otros, dirigiendo a los otros y para los otros y riega por el mundo el polvo de oro de su gloria para persistir a través del tiempo y más allá de la negra noche de la tumba aleteando sobre las cumbres luminosas de la historia, haya alguna fuerza, alguna idea o alguna enseñanza que nos explique cómo esos superiores triunfan en la vida y se transfiguran aquí abajo en la tierra, con sólo llevar dentro del alma un ideal, una fuerza de voluntad y un poco de patriotismo. Así, es moralizador y edificante enseñarles al pueblo, para que él lo aprenda y lo imite, cómo el ilustre Luperón, de campesino humilde y de oscuro maestro de aldea se improvisó héroe al sólo reclamo de la Patria y cómo sintiéndose superior a todos cuantos lo rodeaban supo disciplinar sus méritos y su propia superioridad; aceptando la dirección de otros, para así servir más y mejor la causa de la Restauración de la República! Solamente él, señores, hubiera podido extraer de aquel juego de pasiones que lo circundaba y de la locura de sus compañeros, el milagro prolífico del patriotismo útil y redentor, porque él sabía, mejor que nadie, convertir los dulcisi-





La Urna conteniendo los sagrados despojos del Héroe, al salir de la Gobernación de Puerto Plata, en la mañana del 14 de Agosto de 1926.



La Urna sagrada en la calle Beler, de la ciudad de Puerto Plata, al dirigirse al parque Luperón.



mos lazos del afecto en recia cadena de disciplina y transformar la tierna voz del cariño y de la amistad en una decisiva oportuna voz de mando!

Cada vez que la suerte nos coloque así, frente a estos ejemplos vivientes de grandeza humana hay que aprovecharlos para explicarle a los hombres, con nuestra admiración y con nuestras glorificaciones en qué consiste y de donde brota ese furor cuasi divino, que cuando suena el clarín de la epopeya, los hace correr, inspirados, protejidos o alucinados, como potro indómito, como centella vengadora o como tropel de águilas en cólera sobre las campañas de Troya, sobre las ondas de Lepanto, sobre los empedrados de Gerona, sobre las llanuras de la Marne, sobre los fosos de Verdún o sobre las calles prendidas en capdela para quitárselas a Buceta, de Santiago de los Caballeros, con los puños crispados o con el sable relampagueante casi consciente de la suprema ansia militar que lo esgrime al aire imponiendo a los vencidos pavor, espanto y sumisión!

Y bien hace Puerto Plata en vibrar de entusiasmo conscientemente ante los triunfos gloriosos de este hombre singular que desde joven recojió los lamentos de su pueblo, sus esperanzas y sus ansias de libertad para inspirarse con ellos y conducirla también, junto a su propia gloria personal, hacia la gratitud y las bendiciones nacionales.

A ella le tocó la gloria de haber sido su cuna afortunada y su nombre, unido al de este hijo prominente, rodará en toda la República por la senda sin fin de la inmortalidad y del recuerdo.

Ella puede estar satisfecha y orgullosa de haber contribuido siempre, en el trepidar de nuestra historia, con sus libertades, sus obreros, sus artistas, sus gobernantes, sus sabios y sus virtuosas matronas al desarrollo de nuestra nacionalidad, iluminándola con el destello de gloria que hijos como Luperón, como Imbert y otros más irradian en este ambiente que los vio nacer, al través del tiempo y del espacio.

Ella quedará orgullosa y satisfecha, porque ella ha comprendido el esfuerzo de su hijo ilustre ya que todos aquí, llevan dentro del alma la misma chispa portentosa con que el cariño a esta Provincia afortunada, prendió en aquel espíritu grande el fuego sacrosanto del patriotismo. Y ella quedará satisfecha y orgullosa, porque después de derretir la mirra de su devoción en esta fiesta inolvidable, ha descubierto que los restos sacratísimos y venerandos de ese compueblano para poder llevar el soporte de su cuerpo de titán y de ciclope se fueron forjando aquí poco a poco en contacto de los hombres y de las cosas y de circunstancias de su provincia amada los que vivificados por el recuerdo, por la gratitud y por la admiración, no podrá exhumarlos nadie del fondo de los afectos; esos perdurarán aquí en Puerto Plata, depositados en el corazón de su pueblo amado, más allá de la eternidad sin fondo de los tiempos infinitos, aunque nosotros los llevamos ahora materialmente hacia la Ciudad Primada a la Capilla de los Inmortales, para que allí descansen sobre los laureles inmarcesibles de su gloria.

He dicho.

---

Palabras pronunciadas por el señor Onésimo Jiménez, al depositar a nombre de la Común Imbert, una corona sobre los restos del General Gregorio Luperón.

---

**A**l fin señores, la posteridad agradecida levanta del sueño del olvido los sagrados restos mortales del Patriota, que surgiendo del montón anónimo, se empina sobre el nivel común, y como los predestinados de la gloria, brilla espléndidamente en la jornada restauradora contribuyendo de modo magnífico al triunfo de las huestes dominicanas en Santiago de los Caballeros, lográndose en tan desigual contienda plantar victorioso el pabellón tricolor que tremoló en Capotillo y que tuvo por nidial glorioso la épica azafía de la Puerta del Conde.

Tiempo hace que estas cenizas reclamaban del patriotismo distraído el merecido homenaje que hoy le tributa la República. Tiempo era ya de que sacados del oscuro rincón en que yacían, fueran conducidos en brazos de gloriosa apoteosis a la Capilla de Inmortales, sagrado recinto que la República ha consagrado al reconocimiento de los que, como el glorificado, no cesaron en ningún momento, frente al indeclinable deber de rescatar la libertad perdida, aún cuando el precio de tal rescate fuera la vida misma.

Pequeño resultará todo homenaje que nuestro agradecimiento quiera tributarle, si consideramos la excelsa magnitud de los hechos heroicos que le dieron nombre y justa fama. Pobre será también nuestro tributo al exultar sus virtudes. Es tan grande el concepto de la Patria y los deberes que su conservación nos impone.

La común Imbert, nombre que trae a nuestra memoria el recuerdo del héroe consagrado el 30 de Marzo, y cuya inmerecida representación llevo en este momento, no quiere ni puede consentir que tan veneradas cenizas pasen desapercibidas por esta municipalidad sin ofrecerle su homenaje de admiración y gratitud, y es pues, en nombre de su Ayunta-

miento y en el de ella misma que deposito esta corona sobre tan amadas reliquias, como tributo de sentido reconocimiento al Varón ilustre que abrillanta con la pujanza de sus hechos, las páginas de nuestra Historia Patria.

Restos venerados de tan egregio patriota, descansen en la Paz del Señor, permita el Altísimo que las virtudes que adornaron tu vida, sirvan de estímulo a los que dirigen la República para que hagan cada día más grande a la Patria y a sus héroes, y se engrandezcan a sí mismos.

He terminado.

Imbert, Agosto 14-1926.

---

---

Discurso pronunciado por el Canónigo González antes de  
desfilear la procesión por la calle 30 de Marzo que  
condujo los restos mortales del egregio Gral.  
Luperón el 14 de Agosto de 1926.

**Y**O te saludo, en tus restos venerandos; oh! egregio patricio! Mi frente inclinada en homenaje de respeto y admiración, y mi espíritu, amparado bajo la sombra de tu recuerdo bendito, te expresa, en nombre de la ciudad de Santiago que admira tu nombre y se entusiasma con la santa evocación de tus proezas heroicas ejecutadas en presencia del pueblo por defender sus libertades perdidas; mi espíritu, repito, en íntimo contacto con el espíritu de esta ciudad heroica que te vió cien veces exponer tu vida y ofrendarla en aras de su libertad, te expresa su más cordial bienvenida.

Reciban tus despojos mortales ese saludo espiritual en cambio acaso de lo que dejó de hacer en tu presencia cuando tú vivías, para pagarte hoy en este día de tu apoteosis, con la mejor recompensa del espíritu, la inmensa e infinita deuda de gratitud de que le eres acreedor. Y ya en este estado moral y de conciencia, en que no debe concebirse ninguna injusticia, acepta, oh! egregio espíritu! la invitación que te hace la invicta ciudad con todo el amor de su gratitud: ven a mi seno, entra a esta ciudad que te admira y te ama, entra a su corazón, abierto a todas las emociones santas, que te espera como una flor de esperanza sedienta del celestial rocío.

Ven y alienta, con tu voluntad formidable, el desanimado espíritu que acaso pueda existir en la hora presente en los distintos aspectos de la vida de esta ciudad; ven e insufla su espíritu y dale y comunícale tus sentimientos patrios, enciende su corazón en el civismo que siempre culminó en todos tus actos; levántala si la sientes desfalleciente para que no calga en el fango de las claudicaciones deshonrosas y que por el contrario aliente su vida en los altos principios de la justicia y de la libertad.

Señores: no se me niegue la fe religiosa y podré asegurar la eficacia de la fe en otros conceptos; no haya temas adversarios al sentimiento de piedad y podré afirmar que nada ni nadie que se contraponga a estas cualidades de fuerza espiritual, jamás podrá llegar ni siquiera a los límites

fronterizos de la victoria; no se me obataculice la fuerza del espíritu cristiano y podré afirmar que todo lo demás es estopa que se enciende a la menor llama emanante de esta pira perpetua de la fe de nuestros abuelos; no se me refute el valor moral del evangelio y os diré, con la convicción de la verdad más experimentada, que todos los actos de este valor moral son rayanos al heroísmo. Porque donde falta la fe religiosa todo empuje vigoroso se desfuerza, todo ideal desmaya, todo aliento de vida es morboso: así el hombre, por más que anhele, aunque sea la misma justicia, podrá avanzar con los elementos de fuerzas materiales, pero jamás alcanzar la meta del ideal soñado.

La fe en las lucubraciones científicas y filosóficas consagra el verdadero hombre sabio; la fe en los asuntos sociales y políticos consagra también al hombre factor de eminentes hechos sociales y de inmortales heroísmos. Y esto es así, porque el que vive lejos del ara de la fe religiosa tiene, por natural consecuencia moral, que hallarse muy lejos del altar donde oficia el ministerio sagrado del patriotismo; porque donde no hay fe religiosa no puede existir otro sentimiento noble que resista las pruebas amargas y de abnegación que resiste la fuerza indestructible de esa fe que comunifica energía incontrastable, que da confianza en la eficacia de sus principios; que empuja, después de empezado el camino de cualquier empresa apesar de los tropiezos y de las espinas del camino, porque sobre la debilidad de los pies impera la fuerza imponderable del ideal que forcejea en el cerebro. Dadme fe, señores, y os mostraré hombres capaces del sacrificio en todos los órdenes.

Hombres sin fe son elementos sin capacidad alguna para cualquier hecho de nombradía. La acción humana, sin esta condición indispensable habría de resultar sin mérito alguno y por más brillante que pareciera no sería otra cosa que una flor sin perfume o una existencia sin espíritu de vida.

La historia confirma, de mil modos asombrosos, mi aseveración, porque la fe ha sido y será siempre la llave con que se han de abrir las puertas de todos los intrincados problemas de la humanidad; y porque sin fe religiosa no puede haber piedad de sentimientos y ternuras de corazón, es que afirmo que en esta fe deben descansar todos los principios vitales de la sociedad, de las pueblos y de la patria.

¿Que sería el hombre sin esta fuerza creadora de voluntad y energía que lo empuja a las actividades aunque allí fuera necesario ofrendar la vida y perderlo todo para agigantarse en el honor de la inmortalidad?

¿Quién pudiera definir el heroísmo, hecho que no se piensa ni se medita, descartando la fuerza espiritual de la fe?

La fe religiosa ha perfilado siempre la victoria. La sangre de los mártires del Cristianismo ha fertilizado el árbol de todas las libertades públicas y toda la tierra está sembrada de cadáveres que bajaron al seno de la muerte aureolados por los esplendores del heroísmo y de la gloria?

El general Gregorio Luperón fué un héroe porque alentó principios religiosos y con la fe piadosa tuvo la de todas las causas buenas que se relacionaron con la patria; por eso, se le vió en su agitada vida política, triunfar siempre que puso su energía y su valor al servicio de los inte-

reses de la República; por eso, de soldado vulgar, se convirtió en patriota eximio cuyas ejecutorias aquí en Santiago, en Puerto Plata, la ciudad de su nacimiento, en la Línea Noroeste y en todas las partes de la república que la necesidad llamó su actividad, allí fué, sin excusas cobardes a exponer su vida, para arrancarle al monstruo de la tiranía la perdida libertad de su patria.

Gregorio Luperón, como Duarte, Sánchez, Mella, Rodríguez, Monción y todos los paladines de la libertad quisqueyana, tiene páginas de escuela cívica para todas las generaciones. Las páginas de su vida, dentro del concepto de las flaquezas humanas, están limpias y enarmonizadas de pureza.

Político de grandes vuelos, puede decirse que creó escuela de cultura cívica, porque no delinquiró en groseros peculados ni expuso la soberanía e independencia de su patria en negociaciones indignas con otra nación, sino que alzó su espada revolucionaria contra todo gobierno que intentara comprometer el tesoro sagrado de la libertad. El patriotismo del general Gregorio Luperón fué insospechable y por eso, grande, supremo y sublime hasta la epopeya. Fué uno de los soldados de más alto relieve de la Restauración y no sólo soldado insigne sino que al dejar en dos tomos escritos los rasgos de su vida, puede decirse que son lecciones admirables para la escuela de civismo en que debería perfilarse la cultura cívica de la juventud actual, en estos tiempos en que el patriotismo, vacío de sentido moral, sólo sirve de pretexto para el politiquero mercantilista.

La política, que es la ciencia más elevada para el consorcio de los espíritus en los ideales de nobleza, cabe sólo en un patriotismo sano, y el politiquero, que es la caricatura grotesca de esa ciencia, ha estragado en los dominicanos todos los principios redentores de justicia y de verdadero amor a la patria.

Hoy que consagramos en esta apoteosis una vida que fué todo nobleza y abnegación, tratemos de cimentar sobre el ejemplo de esta vida ejemplar, la patria actual escarnecida; tratemos de edificar sobre el patriotismo que hizo grandes a los inmortales de Febrero y de Agosto la patria grande del futuro, para que en estas fiestas de honor al verdadero mérito, en estos homenajes de admiración a la virtud, se reconozca la acción civilista de un pueblo culto que sabe premiar a los ejecutores del bien que son los verdaderos factores de la civilización. Levantemos con gestos de bondad y de patriotismo sano, la patria de hoy para que la del mañana sea la legítima patria que soñaron los febreristas. Que sea esta glorificación al mejor soldado dominicano el buen principio de esta conducta sincera; y no dudemos que engrandeciéndonos nosotros por amor a la patria, el patriotismo no será, como ahora, una palabra de convencionalismos y mentiras, sino que será la expresión vivísima del sentimiento más puro para formar todos juntos, fraternizados por la santidad de la causa, la patria soñada, la patria grande, la patria inmortal.

He dicho.

14 de Agosto de 1926.





**La Urna en el momento de llegar a la Estación del Ferrocarril Central Dominicano, en la ciudad de Puerto Plata, en la mañana del 11 de Agosto de 1926.**



**La Policía Nacional rindiéndole honores al Héroe máximo, a su llegada a la ilustre ciudad de Santiago de los Caballeros.**



---

Palabras pronunciadas por el Pbro. Joaquín Rodríguez,  
en ocasión de ofrendar una corona en el acto de  
homenaje a los restos mortales del General  
Gregorio Luperón el día 14 de  
Agosto de 1926.

Conciudadanos:

**G**ALANTEMENTE invitado por el Honorable Cabildo Comunar para prestar mi pobre cooperación en este acto de clásico civismo con que nuestra querida Moca, corriendo paralela con algunas ciudades de nuestro Cibao, viene presurosa a rendir sus homenajes de profunda veneración patriótica al egregio General Gregorio Luperón, en oportunidad de su justa apoteosis que celebra ufana la República, llego con el alma henchida de admiración y de respeto a glorificar con vosotros a ese eximio varón que supo con sus sacrificios inmensos y sus proezas legendarias, vindicar el honor del Pueblo Dominicano, brindándole una nueva etapa de vida nacional, de vida libre e independiente, vida que se había extinguido con aquel crimen de lesa-patria llamado Anexión, el cual saturó de oprobio el alma inmaculada de la Patria de Febrero e hizo cubrir con negro crespón el rostro de esta misma Villa heroica en la hecatombe del 2 de mayo en la que cayeron, como víctimas propiciatorias aquellos ilustres compatriotas y compueblanos nuestros, los mártires José María Rodríguez, de mi abolengo, Gral. Contreras, Jermosén y otros compañeros de sacrificio, cuyos ayes, cuyos fatídicos ayes pareceme oír aún con la Santa indignación y el coraje de león hambriento que provoca en el corazón humano la insolencia de la crueldad en horrible contubernio con la barbarie.

Si, Señores: aquí estoy con vosotros rindiendo el tributo merecido, ante sus venerandas cenizas, al héroe insigne, al dominicano intrépido, al Gral. Gregorio Luperón, cuya espada fue el terror de los anexionistas, cuyo patriotismo fué segura garantía de la libertad nacional, y cuyo ejemplo constante fué incubadora eficaz de perfección ciudadana.

Imitémosle, pues, fielmente nosotros, nosotros los que tenemos la altísima honra de ser sus descendientes políticos, sus herederos de gloria.

para que esta siga brillante con luz meridiana en el cielo de la Patria; para que nos hagamos cada vez mas dignos de las bendiciones del Dios de las naciones, que es nuestro Dios; para que merezcamos de día en día el respeto sincero de los pueblos civilizados, y para que, finalmente, poseá-mos de modo inconcuso el mágico secreto, la fuerza incontrastable de salvar siempre la República, como la salvó el héroe glorificado de las garras del leon ibérico.

Mientras tanto, permitidme, Señores y conciudadanos, que en re-presentación del Clero local, del cual soy humilde miembro, ofrende, co-mo lo hago profundamente inclinado y lleno de ardoroso patriotismo y de fé cristiana, esta corona, pobre en sí misma, pero fiel emblema de mi admiración personal y de la unión espiritual de las sociedades religiosa y civil, que se denominan Yglesia y Estado, a la memoria del ínclito Restaurador de la República, del Prócer invicto que, después de haberlo sacrificado todo generosamente en aras del Derecho y de la Libertad para trasmitirnos en el rodar de los tiempos una nación verdaderamente autónoma, exhaló su último suspiro en los brazos de su amada Ciudad de Isabel de Torres, nuestra hermana cibaefia, para ir luego, como vá triunfalmente a dormir el sueño de los beneméritos hijos de la Patria en la gloriosa Capilla de los Inmortales.

He dicho.

Moca, Agosto 14 de 1926.

---

---

COLECCION  
"MARTINEZ BOOG"  
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

## Ante los restos de Gregorio Luperón.

**S**I de la tierra frecuentada por los Dioses nacieron los héroes; de las manos de los héroes, por su noble inspiración, por la firmeza de su empeño y por su acendrado espíritu de sacrificio, surgieron estas valiosas prerrogativas ciudadanas: la personalidad e independencia de las naciones y las libertades públicas.

En la vasta extensión del Continente Americano, desde la Alaska o antigua América Rusa hasta la tierra del Fuego, y en una etapa de apenas cuatro siglos, han esplendido no obstante ser simiente de selección, tantos héroes como estrellas ostenta nuestro cielo tropical, o como centímetros cúbicos contiene el Amazona, patriarca de las aguas. Y es que, al igual que en el Asiático, en este continente las fuerzas de la Naturaleza son exuberantes; y no solo se manifiestan en la feracidad de las tierras, en la magnitud de los ríos, en el misterio de las selvas, en la maravillosa gallardía de las montañas; sino que también son un estímulo constante, que mueve, que impulsa a los nativos a amar la libertad, a la conquista de la libertad.

Es por ello por lo que se puede decir que en estas latitudes han vivido los Dioses.

¿Qué otra cosa sino eso sería, frente a la magnitud de su empresa, de su obra, el genio de Bolívar, el más grande libertador de pueblos?

¿Qué otra cosa sino héroes o semi-dioses habrían de ser sus colaboradores, aquella pléyade de intrépidos oficiales, entre los que descuellan Ribas, Girardot, Sucre, Mariño, Santander, etc. etc. . . .

En la tierra de Duarte y de Sánchez, que son también de los escogidos, en esta patria dominicana también ha habido héroes!

Tierra de América es esta que guarda de los prodigios que atesora el Continente. Y fué dintel un día, frente al que se detuvieron, sorprendidas, admiradas, las naves del milagro de Colón.

Del concurso espontáneo, duradero, eficaz de las fuerzas de la Naturaleza en sus rebeldías y el reclamo de las voces y el orgullo de los hijos del Nuevo Continente, se dió a vibrar un día el corazón de la Epopéya.

Y fué la Raza quien blandió el acero.

Y fué la Raza quien se disputó la propiedad.

Empero... los Manes auxiliaron á nativos. Y fué el dominicano vencedor. Lo había sido ya. No era proeza desconocida. Héroe por el martirio, ó la arrogancia y el denuedo tenía Santo Domingo.

Orgullo ha sido siempre de nosotros contarlos desde la Campaña Separatista hasta la Campaña Restauradora.

Orgullo es para los mocanos inclinarnos, en este momento, a venerar las cenizas, iluminadas, por el resplandor de la gloria, de un benemérito hijo de Pto. Plata, de un patriota dominicano.

Brazo esforzado fué, como el que más, el de Gregorio Luperón. El supo luchar enardecido; el supo vencer glorificado.

Santiago, los Chachases, Gurabito, La Bomba, Ozama, Sabana del Guabatico, el pozo del muerto de Yabacao, fueron teatro de sus proezas; son jalones de su gloria. El supo, antes que todo, suministrar entusiasmo, cuando algún revés ó descalabro sorprendió á las armas dominicanas. Y así se le vé afianzando las avanzadas en el Sur-Este de la República, como realizando acometidas en el Norte.

El fué, noble gesto, amparo y defensa para aquel, infeliz calumniado, Pepillo Salcedo, primer Presidente Provisional de la República Restaurada y a quien cuando faltó ese amparo, arrasó la ola de la tragedia.

Empero... la muerte, suprema vencedora alcanzó al fin a nuestro héroe. Y ahora, aquel aliento de titán, aquel patriota incorruptible, a quel brazo hercúleo, que fatigara al enemigo, está convertido en un puñado de cenizas; pero cenizas que van camino de la Capilla de los Inmortales.

Identificado está el corazón mocano con las ejecutorias de los héroes de la República. Y sabe que en estas tierras no se ha agotado la simiente.

Orgullosa está ahora el corazón mocano, y esta es la expresión de sus colectividades en primer término, de este homenaje que se tributa á la memoria de un patriota, de un consagrado Restaurador de la República.

Sigue tu camino de gloria, espíritu fecundo, hijo de un pueblo noble, hijo de la República.

Sigue, montón de cenizas veneradas, mientras tu recuerdo, oh luchador incansable, llena de claridades y de firmeza el patriotismo dominicano.

Inspira, oh patriota incontaminado, inspira al pueblo dominicano aquella enardecida respuesta que le arrancó tu compasión ó tu estrategia á un soldado de la Patria. "No, mi general: yo nó me retiro; porque hoy hay gloria para todos!"

Y tu, Pueblo: Sigue amando, como hasta hoy, tu libertad. Sigue defendiendo tu libertad.

Y, si la perdieres alguna vez, aprende á crear de nuevo tu libertad!

GABRIEL A. MORILLO

Moca Agosto 14, 1926.

---

## Palabras del Lic. Manuel Ubaldo Gómez, en el acto de Apoteosis al General Gregorio Luperón.

---

**N**O soy el llamado en este acto a dirigiros la palabra, porque, como todos sabéis, no tengo dotes oratorias ni conocimientos literarios para hacer elegante y atractiva mi peroración; y aún, prescindiendo de esto, que solamente se refiere al agrado de los que me escuchan, no soy tampoco, en este instante solemne para La Vega, el llamado a hablar en su nombre, porque desde la bajura en que me encuentro hasta la altura de las glorias y los méritos de la brillante espada de San Pedro, de esa cumbre que en vida se llamó Gregorio Luperón, hay una distancia tan inmensa, que solamente pueden escalarla aquellos que están a su nivel; pero yo no he debido ni debo despojarme de la honra que se me ha discernido, en mi condición de sobrino de don Casimiro y del Padre Moya, amigos íntimos que fueron del héroe invicto, y de admirador de aquel gran nacionalista, dejando de contribuir al homenaje con que la Vega, por iniciativa de su Honorable Ayuntamiento, le tributa.

No será este un panegírico digno de aquel grande hombre, de aquel patriota de ideas radicales, porque ni yo puedo hacerlo, ni mi propósito es otro que exponer, a grandes rasgos sus ejecutorias, y los nexos que tuvo La Vega con el hombre cuya memoria se glorifica con este acto.

Siendo muy joven Luperón, pues nació en Puerto Plata el 8 de Setiembre de 1839, tomó parte en el fracasado movimiento restaurador, iniciado el 21 de febrero de 1863, en San Lorenzo de Guayubín, por el general Lucas Evangelista de Peña, y pudo escapar de una muerte segura porque vino desde la Común de Sabaneta hasta La Jagua de Palmar, común de La Vega, donde fué ocultado y protegido por el patriota Miguel Custodio Abreu y por su hermano José, oficiales de la antigua República. Al surgir de nuevo el alzamiento en Capotillo, el 16 de Agosto, ya revolucionado todo el Cibao y abandonada la Plaza de La Vega, el 31 de Agosto, por el gobernador español, general Esteban Roca, quien había rechazado el asalto que le dieron los patriotas la noche del 27; Luperón salió en seguida con algunos hombres y reforzó el cantón de Mari-López establecido por orden del General Gaspar Polanco, al mando del coronel Ramón Círculo de la Cruz, viniendo a ocupar Luperón la

jefatura en unión del general Benito Monción, después de haberla tenido el general Andrés Tolentino.

El temperamento de Luperón no era para estacionarse, y poco después se fué a la Ciudad de Santiago, para molestar constantemente con guerrillas, en unión de otros jefes, la Fortaleza de San Luis, donde se habia encerrado, con todas sus fuerzas, el tan valiente como malo brigadier Buceta, gobernador de Santiago. En el ataque que se dió a la fortaleza, el 6 de setiembre, que culminó con el incendio de la Ciudad, fué Luperón uno de los más esforzados, compitiendo en arrestos bélicos con los jefes más intrépidos, por lo cual pudo decir con orgullo, como lo hace en sus Apuntes Históricas, sin que por ello pueda calificarse de exagerado, que "ambos contendientes hicieron esfuerzos de valor y dieron ejemplo de heroismo en aquel día memorable, que no podrán borrarse jamás de la historia de la guerra ni de la memoria de aquellos que tuvieron la inmensa gloria de presenciarlos. Las descargas de fusilería y de cañones se hacían a quema-ropa, y los sitiados rechazaban a los asaltantes con las puntas de sus bayonetas y con chorros de metralla".

El 23 de enero de 1864 el general Luperón, jefe de operaciones de Arroyo Bermejo, midió en campo raso sus fuerzas con las de los españoles mandadas por el general Antonio Abad Alfau y dejó bien sentado el honor de la bandera.

En esa memorable jornada, la mayor parte de sus tropas eran de esta Provincia.

Para el mes de marzo los restauradores ocupaban a Monte Plata y Bayaguana, desde donde se dirigió Luperón a la Común de San Antonio de Guerra, celebrando el memorable 19 de marzo con un ataque a los españoles en el Paso del Muerto cruce del río Yabacao, en el cual murió el general Juan Suero, el Cid negro, como le llama en su Historia el general español Gándara.

Suero era, entre los jefes españoles y de las reservas, el más importante elemento de combate que tenían las fuerzas enemigas.

En el mes de octubre Luperón se encontraba en el Cibao, donde le sorprendió el desconocimiento del Presidente Salcedo y la proclamación del general Gaspar Polanco como Presidente. Días después de este acontecimiento, que pudo ser de graves consecuencias para la causa restauradora, Luperón fué nombrado Gobernador Político y Militar de la importante Provincia de La Vega, que entonces la integraba también todo el territorio ocupado por las provincias Espaillat y Duarte. La desorganización en todos los ramos de la administración pública y el mayor disgusto reinaban en las importantes comunas de La Vega, Moca y Macorís, especialmente en las dos primeras, y bien pronto con su tacto político pudo armonizar todos los elementos y normalizarlo todo. Fué entonces cuando contrajo matrimonio en esta ciudad con la señorita Luisa Tavárez. La garantía de que rodeó a las personas y a los intereses, fué lo que le dió tanto prestigio en esta región, y lo que dió lugar a que se le considerara el mejor gobernador de aquella época.

Pero no es sólo como militar ni como guerrero que merece Luperón el recuerdo de sus conciudadanos. Su patriotismo fué superior al de la mayor parte de sus compañeros. No participó en los movimientos



políticos que las ambiciones ocasionaron en los gobiernos de la Restauración; cedió siempre el puesto a los de mayor capacidad y aún con sus iguales transijía para evitar la guerra civil. Nacionalista radical, jamás cohonestó con ningún acto que pudiera menoscabar la soberanía.

Rindió culto al saber y a la virtud, y de ahí que, cuando sus parciales lo llamaban a la presidencia, contestara: que la espada no servía sino para cortar, y proponía a esas cumbres que en su tiempo se llamaron Fernando A. de Merifio, Ulises F. Espaillat, Pedro F. Bonó, Casimiro de Moya, José Manuel Glas, etc.

Hay una máxima o sentencia que dice: "Dime con quien andas y te diré quien eres". Ella encierra una gran verdad.

Comparad por el valor moral de las altas personalidades citadas y de otras más del país, así como del extranjero, que fueron sus íntimos amigos, entre los cuales estaban Eugenio M. de Hostos, Dr. Ramón E. Betances, Doctor José M. Torres Caicedo, el valor moral del hombre cuyos restos van a ser depositados en la Capilla de los Inmortales, por decreto del Congreso Nacional.

El general Luperón como Presidente Provisional, mantuvo siempre en alto el decoro de la República; rechazó con dignidad y energía las exigencias del Presidente Salomón, de Haití, de la expulsión del territorio dominicano de ciudadanos haitianos y del patriota general Maceo, y las que le hizo el cónsul español de Puerto Plata para la extradición del mismo eximio cubano; como Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario ante algunos gobiernos de Europa trató airoosamente diversas cuestiones de importancia y estableció relaciones de amistad con varios países; fué, con los doctores Torres Caicedo, Betances y Albertini, fundador en París de la Sociedad Union Latino Americana, y la Revista, órgano de esta institución; se ocupó de su personalidad y publicó correspondencias de él, que he tenido a la vista, fieles exponentes de sus ideas altruistas; fué honrado por el gobierno francés con la condecoración de la Legión de Honor. Hasta su época, ningún dominicano mereció tantos ni iguales honores en el extranjero.

Sobre la vida de este hombre, que hizo honor al hombre, puede decirse muchísimo; pero debo concluir, y quiero hacerlo repitiendo las palabras que estampé en mi Resumen de Historia al hacer su perfil personal: El general Luperón era autoritario, en ocasiones violento, y cometió, como la mayor parte de los políticos nacionales, grandes errores; pero patriota por convicción, dotado de gran talento, aunque con poca instrucción, entusiasta por los grandes ideales, admirador del saber y de las virtudes, amigo consecuente y hombre de moralidad. Es el único ejemplo, entre los que han sido jefes de revoluciones o de partido, que no quiso aceptar la presidencia de la República en diferentes ocasiones."

---

Discurso pronunciado por el Lic. Arturo Logroño ante los despojos del ilustre Gregorio Luperón, en la tarde de su Apoteosis, el 16 de Agosto de 1926.

NOTAS TAQUIGRAFICAS DE E. S. C.

Señor Presidente de la República.

Señores:

**E**N esta tarde incompasiva, pero que es, sin embargo, tarde solemne de apoteosis y de glorificación, investida mi pobre palabra del honorador encargo de saludar ilustres despojos en nombre del Gobierno de la República, desde estas piedras vetustas, que son el Sinaí de nuestras libertades, es ansia y grito de mi espíritu el que ella resuena en vuestros corazones dominicanos con el fragor estrepitoso de una catarata, torrente que se despeña con música de trueno y desmelamiento de espumas, pero que sea, al mismo tiempo, el más tierno romance de amor de la onda y de la roca. . . .

Porque el fervor y el patriotismo han de vestirse de gala para glorificar al bravo entre los bravos, al ínclito Gregorio Luperón, paladín de paladines, Ulises de nuestra epopeya restauradora tanto como es en Aquiles José María Cabral y es un expresivo y consagrador homenaje en que los guardianes y representativos de las instituciones públicas vengan, en devota oblación a recibir sus restos venerandos bajo esta arcada centenaria, evocadora, matriz fecunda y adolorida de la nacionalidad, para conducirlos, al fulgor de aceros marciales, a la Santa Basílica a dormir sueño milenario en la austera severidad de una tumba inmortal.

Tardío ha sido este acto reparador, de supremo desagravio, y por ello mismo la glorificación del Prócer reviste más grandiosidad, porque apagado ya el tumulto que la pasión puso en los hombres que intervinieron en las sucesos de tan accidentada vida, tan solo ha de escucharse ahora la voz grave y severa de la Historia, que condena y exalta; y en la nuestra tan pintoresca, tan abigarrada, confusión loca de heroísmos, actos de sublimes locuras, sacrificios infecundos, fugaces consagraciones,

cuartelazos, asonadas, persecuciones y cadalsos. en la nuestra, singular romance en el cual si hay a ratos deslumbramientos de aurora se arremolinan también las sombras, es una fruición para el patriotismo descargar en última instancia de las apelaciones de la crítica una de las mayores personalidades de la Patria y declararla definitivamente digna de la Gloria y de la devoción de la posteridad.

Tal así, Señores, con el General Gregorio Luperón, una de las más combatidas y discutidas figuras de la Historia Dominicana, uno de los más altos, si no és el mayor de los próceres restauradores, uno de los más prestigiosos políticos de esta tierra y, probablemente, el más valeroso varón que haya concebido jamás vientre de mujer dominicana.

El Genio misterioso que preside el destino de los pueblos imprime en algunas regiones privilegiadas el sello de sus ocultos e inapelables designios y siembra en el limo, en el humus de cualquier minúsculo pedazo de tierra, los gérmenes de las más ubérrimas cosechas de historia que contemplar pueda el hombre....

Así, la humanidad de todos los siglos permanece todavía de rodillas frente a la inmortal explosión de arte de Grecia, menor en extensión territorial que un estado cualquiera de los Estados Unidos, porque Grecia eternizó en mármoles divinos el estremecimiento de la curva perfecta. Roma, la orgullosa ciudad de las siete colinas que dominó al Universo, no era sino una pequeña fundación, ubicada entre el Janículo y el Aventino; sobre dos tareas de suelo africano, las que cubriera á tiras la piel de un buey, construyó la fenicia fugitiva á Cartago y, sin embargo, de allí salió Aníbal a conquistar a España é Italia y de allí zarparon las naves voladoras que enseñaron al mundo el comercio, instrumento de conquista más rudo que el plomo y que el hierro; en anónima alquería de Galilea, a orillas del lago Tiberiades, perfumado el nacimiento por los rosales de Jericó, vino al mundo hace dos mil años, el más grande de los revolucionario de todas las épocas, el más ilustre de cuantos forjadores de conciencias hayan existido: Jesús de Nazareth; en una isla agreste, poblada por rudos montañeses que matan los pájaros del cielo con sus hondas, sobre un tapiz de guerra, nació el mayor Capitán de la Historia, el último César, el que dictó al mundo la Ley con su espada, el que condujo sus águilas al pié de las Pirámides, y a las estepas de Rusia y a las llanuras de Italia y a los desfiladeros de España, desdeñando a Roncesvalles, para luego ir a morir, como un personaje de Esquilo, en una roca solitaria, en medio del océano, cercado por doquiera por el tormento de las olas....

Y esta pequeña isla nuestra, núcleo orográfico del semillero de islas que constituyen las Antillas, la destinó el Genio de las Naciones para servir de génesis y de fosa al estupendo imperio colonial de España en América. Tierra preferida por el Gran Argonauta y en la que ordenó se diera eterno asilo a sus despojos de formidable e infortunado viajero, ella fué el centrosomo del cual emprendieron sus gloriosas rutas inéditas casi todos los grandes aventureros españoles que realizaron con la cruz y con la espada esa enorme epopeya de la Conquista de América, cuyo poema aún no ha sido escrito; de aquí salieron Diego de Velásquez, que conquistó á Cuba y Juan Ponce de León que conquistó a Puerto Rico; de aquí salieron Alonso de Ojeda que conquistó en Venezuela y Rodri-

gó de Bastidas que conquistó en Nueva Granada; Diego le Nicuesa para Centro América y Juan de Grijalva para Yucatán; Hernando de Soto para la Florida y el gran Hernando Cortés que antes que formidable halcón de la Conquista en México fué escribano en Azua de Compostela; y aquí, en esta predestinada isla nuestra, el primer vagido de la libertad en América Latina lo dieron Ogé y Chavanne al tiempo mismo que rodaba en el cadalso en tierras de Francia la cabeza de Luis Capeto; y aquí en nuestra Capital, en la plaza Duarte, un estadista ilustre entre los más ilustres: Toussaint Louverture, plantó la simbólica palma de la Libertad, por vez primera en la América Indo Española, cuando se escuchaba todavía el rumor de los hierros que pregonaban el enorme dolor de un continente; y fué nuestra isleña República, anexada a España la que rompiendo sus cadenas en la madrugada de Capotillo infirió golpe de muerte al imperio colonial de la gran nación abuela iniciando en las Antillas el ciclo portentoso de varoniles hazañas de las cuales fué paladín Gregorio Luperón y que habría de cerrar más tarde ese otro gran guerrero dominicano: Máximo Gómez, el héroe de Las Guásimas, Palo Seco y Mal Tiempo, el último Libertador de América, pateando el despotismo en las maniguás de Cuba y escribiendo con su machete taumaturgo páginas estupendas en el azorado libro de la Historia, . . . .

Pocos hombres, señores, tanto como el General Gregorio Luperón ofrecen campo más vasto ni más propicio al análisis del observador y a la admiración de la posteridad.

Fué su cuna Puerto Plata en la falda de la montaña, en revuelto caserío que finge desde el mar, como Tánger, una blanca procesión de mármoles ó enorme bandada de aves medrosas que se agolpa al pié de la sierra y aquella tierra bravía, solar de torturado sacrificio y de heroísmo sin medida, parece que infiltró en el alma de Luperón su propio aliento heroico y puso en la cal de sus huesos, en su bronceada arcilla mortal el más poderoso soplo de vida que los dominicanos hayamos admirado.

De obscura estirpe, criado en la sierra de Jamao, en brega ruda y constante con la naturaleza, todo lo deberá a su propio personal esfuerzo y desde la humilde condición de arriero y de Jefe Político del puesto cantonal de Yásica, irá, por virtud de natural genialidad y por el denuesto de su invicta tizona de combate escalando cumbres hasta convertirse en el árbitro supremo de la República, que llena con la fama y el prestigio de su nombre durante más de veinte años.

Un día Santana, cegado por el error, da la espalda a su brillante historia, reincorpora la República a España y arría de nuestras torres y fortalezas el glorioso tricolor del 27 de Febrero. Luperón que ha sido llamado a la Gobernación de Puerto Plata, es notificado por el Gobernador que desde ese instante queda en prisión y con audacia de mosquetero, descarga tremendo cintarazo al oficial que le conduce, derriba hombres, arrolla obstáculos y escapa perseguido a tiros por los soldados estupefactos. . . .

A partir de tal suceso, ya no le abandona durante un solo momento la admirada contemplación de la Historia y le vemos, antes aún del 16 de Agosto, pronunciar a Sabaneta, batirse con frenético furor en El Pellón, y, tan valeroso como Carlos XII derrotando con cuatrocientos



En la mañana del 16 de Agosto el pueblo visita el Baluarte 27 de Febrero, mientras están en capilla ardiente las cenizas venerandas del ilustre Patricio.



El orador Liedo, Don Arturo Lagoño, en el momento de pronunciar su oración fúnebre, el elocuente panegirico del Héroe.



a veinte mil turcos, resistir en el corazón de la línea Noroeste el ataque de mil quinientos veteranos españoles con tan solo treinta y cinco valientes; anda a salto de mata, peseñido y acorralado, puesta a precio su cabeza hasta que le sorprende en campos de La Vega Real la radiante aurora de Capotillo. Sublevadas La Vega y Moca, marcha Luperón sobre Santiago y allí se abraza con los héroes noroestanos que bajaban como un despeñado alud sobre la ciudad de los Treinta Caballeros. . . .

Y Santiago contempló atónita en la memorable batalla del 6 de Septiembre, estremecida de patriótico orgullo, el heroísmo insólito, la bravura insuperable de aquel formidable atleta de la guerra ante quien la muerte misma, temerosa, se inclinaba, en marcial obediencia y el incendio de la ciudad, antorcha gigante, tal como en una tragedia griega, alumbró la desesperación de la gran retirada española. . . .

Jefe Supremo, enseguida, de las fuerzas restauradoras en el Sur y el Este de la República, Gregorio Luperón es el caudillo que libra las más tremendas batallas de aquel bienio de sangre y de fuego. El Silón de la Viuda, Arroyo Bermejo, Baní, Guanuma, San Pedro, Sabana del Vigía, Paso del Muerto son ensangrentados testigos que proclaman en el plenario de la Historia que más grande que tú—oh Héroe!—batiéndote al frente de tropas colecticias, bisoñas, mal armadas contra los soldados más valerosos de la tierra, y venciéndonos, más grande que tú, sólo la injusticia de haber demorado hasta hoy la apoteosis de tu nombre!

Después, restaurada la República, se sumerge Luperón en el oleaje siempre tumultuoso de la Política y primate de un gran Partido, Gobernador de Puerto Plata y de Santiago, cuantas veces quiso, Delegado de varios gobiernos en el Cibao, Triunviro, Ministro de la Guerra del egregio Espaillat, Presidente de la República, jamás erigió el cadalso como fatalidad de la ley ni puso su brazo restaurador al servicio de las iniquidades. . . .

Y cosa que asombra en este hombre tan grande: nacido de la nada, criado en la rusticidad de la sierra, hecho luego a la rudeza de los campamentos, dotado sin embargo de natural inteligencia, de talento verdaderamente preclaro, tenía madera de hombre de estado, un depurado espíritu de análisis y de observación, maneras ingénitas de gran señor, don de gentes que fascinaba muchedumbres y estilo atrayente y pulcro de avezado publicista.

Arbitro de su Partido, como aquel famoso "Hacedor de Reyes"; el Conde de Warwick en la vieja Inglaterra faccionada por los York y los Lancaster, él imponía a sus correligionarios los Presidentes y rehusaba para sí el supremo honor para indicar hombres de esta significación histórica: Ulises Francisco Espaillat, Fernando Arturo de Meriño y Francisco Gregorio Billini.

Van a hacer ya treinta años que el Héroe se durmió en la muerte en su amada ciudad natal y se escucha ahora, turbando su patricio reposo la voz de la Patria agradecida que lo llama al seno de la inmortalidad.

El Gobierno de la República recibe con respeto conmovido el sa-

grado depósito y lo conducirá ahora mismo, custodiado por las bayonetas, a la Capilla de Inmortales.

Duerme por siempre en ella—Oh Procer!—y confía en que el patriotismo siempre en vigilia de los dominicanos preservará a la República de toda suerte de desmayos morales, pero si algún día aconteciere—que no acontezca, nó!—que el extranjero profane el suelo de la Patria, entonces, Oh, Guerrero!, Oh, Paladín! que se estremezcan de espanto las piedras del viejo templo, despierta de tu sueño inmortal, sacude y rompe tu duro cabezal de mármoles, empuja otra vez la invencible tizona de Guanuma y de S. Pedro y condúcenos á la Victoria ó a la Muerte!..



**LA PRENSA Y LA APOTEOSIS.**

LA PRENSA Y LA APOLOGIA

---

## De Actualidad.

---

DE "EL PORVENIR." PUERTO PLATA, R. D.

**P**UBLICAMOS a seguidas dos documentos que se refieren al General Gregorio Luperón. Nuestro amigo y colaborador Don Pedro R. Spignolio nos los ha ofrecido en ocasión de la apoteosis que se celebra, desglosándolos de una importantísima obra que prepara para ser publicada próximamente, relativa a la Epopeya Restauradora y escrita por el celebrado poeta y escritor Dn. Manuel Rodríguez Objio.

Esos papeles comienzan a revelar la personalidad del héroe, cuyos restos se conducen ahora a la capilla de los inmortales. Mas tarde será mejor conocido y la justicia histórica pronunciará la última palabra a la memoria del ilustre restaurador.

Helos aquí:

Cabo Haitiano.—Abril 20 de 1870

Señor General

Gregorio Luperón,

Turks Island.

Mi distinguido General y amigo:

Revuelvo en mi mente hace días un gran proyecto: quisiera escribir su biografía porque ella más que otra, puede abarcar la Historia completa de la Restauración; esa época memorable de que fuimos ambos testigos y actores y que atrajo por un instante sobre nuestra Patria la admiración sorprendida del mundo. Carece nuestro pueblo de Historia y su renombre se hunde día tras día en las tinieblas profundas del olvido o del misterio: la América misma lo conoce más por sus desastres que por sus glorias, y sin embargo éstas son incomparables. Mi audacia quizás despertará el estímulo de algunos escritores nacionales que sumidos hoy en una indolente apatía, ven pasar y desaparecer en el inmenso cauce de los tiempos, nuestras más bellas tradiciones, nuestros más ricos y espléndidos trofeos. Acaso sacudirán este letargo, para mejorar, en-

riquecer y ensanchar el monumento cuya piedra osará poner mi incierta mano.

Y engrandecido éste por tan patriotas y hábiles artistas, le veremos destacarse sobre el suelo de la América como uno de aquellos gigantes de granito del desierto, sustentando en su cúpula la gigante fama de la moderna Esparta. Vivificados así y fortalecidos por el asombro universal, cada pueblo verterá lágrimas de sincera compasión sobre nuestros infortunios: seremos conocidos y seremos más amados.

No dudo pues General, que Vd. se preste a secundar mi propósito prestandome su preciosa documentación.

Con sentimientos de profundo aprecio, tengo la honra de suscribir me su affmo. servidor y amigo.

MANUEL R OBJIO

## PROLOGO.

Descuellan siempre en el seno de las revoluciones, figuras que las personifican desde el momento en que estallan hasta aquel en que son vencedoras o vencidas; y en estos casos la vida personal del individuo encierra la vida general del acontecimiento. La biografía de Manzini es la historia de los últimos sacudimientos italianos. Santana, sin ser por ello la más digna significación política, resume en su personalidad la historia íntegra de la primera época de la República Dominicana, es decir, desde el 27 de Febrero de 1844 hasta el 18 de Marzo de 1861, desde el día de su nacimiento hasta el de su inmolación. Igualmente el soldado, cuya carrera militar y política vamos a relatar, es, si no la mejor, por lo menos la más completa encarnación de la grande obra del 16 de Agosto de 1868, cuyas primeras páginas escritas ya en Febrero del mismo año fueron rasgadas y esparcidas por la mano de la opresión. Con tal motivo, queriendo a la vez que rendir un tributo de justísima admiración al joven héroe que nos ocupa, ofrecer al América un breve bosquejo de la gran revolución restauradora y suministrar datos concernientes a los disturbios que han sucedido a aquella grandioso epopeya nacional, osaremos escribir la biografía del General Gregorio Luperón,—confundiendo de este modo su heroico nombre, con el glorioso y desgraciado de nuestra querida patria.

Para hacer resaltar la naturaleza de ese soldado imprevisto, de ese adalid surgido de la nada, de ese patriota intrépido a quien nada amedrenta, y que arrostra todo por y para su país, nosotros no tendremos que hacer grandes esfuerzos. Los hechos se encargarán de su apología: nosotros nos limitaremos a referirlos.

Luperón, como todos los hombres de su temple que se han mezclado en la política, ha sido objeto de grandes entusiasmos, de grandes adulaciones, de grandes propósitos, como también blanco de grandes intrigas, de grandes calumnias, y víctima noble de grandes persecuciones e injusticias. Los hechos que vamos a narrar, comprobados por una documentación auténtica, darán testimonio de la verdad. Si ellos logran

pintar a nuestro héroe tan grande en el triunfo como en el martirio, pro-hombre y víctima siempre interesante, culpa será de los sucesos; en ningún modo de nuestro entusiasmo ni de nuestra parcialidad. Los lectores altamente prevenidos o los escépticos, pueden consultar, cada vez que les convenga, los documentos originales a que nos referimos, depositados en Saint Thomas. A este centro del comercio americano pueden muy bien pedirse informes de los puntos más lejanos. Hay más: como nuestra obra se refiere a hechos recientes, podemos asegurar que todos, o casi todos los actores que en ella figuran, están aun bien distantes de la tumba: así pues toda duda puede ser rectificada. Nos atreveremos sin embargo a modificar ligeramente la forma de algunos documentos que habremos de copiar, y que redactados por personas iliteratas no se prestarían a ser reproducidos textualmente en obra como la presente; pero nunca bajo ningún pretexto, alteraremos en lo más mínimo el fondo, conservándole su peculiar carácter que imprimiera la presión de los acontecimientos bajo cuya influencia fueron inspirados. Así lo constatará el que a bien tuviere consultarlos. Nuestro objeto es más referir que juzgar, estamos empeñados en repetirlo: tenemos la conciencia de nuestro deber como biógrafos, y sólo un gran móvil nos impulsa: el amor de las glorias nacionales

Diremos para concluir este prólogo, que la excesiva juventud del General Gregorio Luperón, complicada, por tanto, en muchos y variados incidentes políticos, prueba altamente la elevación de su genio y aptitudes, a la vez que parece augurarle una larga y brillante carrera.

No obstante la proscriccion que ahora le eleja del nativo suelo, no obstante el pequeño eclipse que por hoy nubla su estrella, es él uno de aquellos héroes predestinados como Guillermo Tell o Abedel-Kader, para salvar una vez mas su patria o sepultarse con ella. En el segundo caso, Luperón, como Sánchez cubrirá nuestra República bajo la égida de su nombre inmortal: Héroe o Mártir el porvenir le guarda una Corona.

---

## Santiago rinde homenaje a su paso por esta ciudad, a los manes gloriosos del General Luperón.

DE "LA INFORMACION" DE SANTIAGO DE LOS CABALLEROS, R. D.

**E**L sábado, a las tres y media de la tarde llegaron a esta ciudad, cortejados por una comitiva compuesta por el Secretario de lo Interior y Policía, oficiales de la Policía Nacional y otras distinguidas personas miembros del gobierno y particulares, los restos del héroe inmortal Gral. Gregorio Luperón.

Desde antes de las tres, numerosas personas se aglomeraron en el andén de la Estación del Ferrocarril Central Dominicano, en espera de la llegada del tren en que venían los gloriosos manes, para unirse al homenaje que Santiago tenía preparado en honor a la memoria de tan gran Restaurador. La comitiva Oficial de recepción estaba integrada por el Ciudadano Gobernador de esta Provincia, el Presidente del Ayuntamiento, y varias delegaciones de distintas sociedades de esta ciudad.

Cuando llegaron los restos, colocados en un cofre de plomo, el que a su vez se encontraba envuelto en la bandera nacional y colocado en unas elegantes andas, adornada con flores naturales y coronas de biscuit, la Banda de Música Municipal de esta ciudad entonó el Himno Nacional, que la muchedumbre escuchó llena de devoción Patriótica.

Inicióse el desfile por la calle 30 de Marzo hacia el Palacio Consistorial, en la siguiente forma: Banda Militar de Música, dos compañías de la Policía Nacional, internados de la Escuela Correccional uniformados de azul y marchando en correcta formación, el féretro que conducía la urna con los restos inmortales, portada por cuatro oficiales de la Policía Nacional, comitiva oficial, y público en general.

En el trayecto, arreció la lluvia, que había estado cayendo desde por la mañana, teniendo que alijerarse el paso y llegar al Palacio Consistorial casi a la carrera.

La lluvia continuó, y como la tarde estaba muy entrada, tuvo que limitarse el homenaje a la retención en capilla ardiente en la sala Capitulada del Municipio de los restos, por unos quince minutos. Cuando hubo aminorada un poco la lluvia, fue bajada la urna, y colocada en el carro, artísticamente adornado con flores y banderas y una gran corona de laurel, para ser trasladados a la ciudad de Santo Domingo. Allí, las delegaciones de las distintas sociedades de esta ciudad le hicieron el homenaje de hermosas coronas de flores naturales y de biscuit.

Luego de haber sido formulada la despedida del féretro, por un delegado de la Gobernación Civil de esta Provincia, partió de esta ciudad la comitiva que había de acompañar los restos del eximio Luperón hasta la ciudad Primada, donde en un acto especial fueron colocados ayer en la Capilla de los Inmortales.

---

## Luperón en la Patria y en el corazón de todos los dominicanos.

---

(Editorial de la "Información" de Santiago de los Caballeros, R. D.)

**D**IJO Gregorio Luperón a quien glorificamos en este día, aquel gran luchador de la gloriosa jornada restauradora, efemérides magna que recordamos hoy, estas palabras palpitantes de patriótico dolor, dignas de ser releídas por los dominicanos en estos graves momentos de la vida nacional.

"En las luchas de la Independencia y de la Restauración, teníamos patria porque la nación tenía grandes patriotas y honrados ciudadanos que con inteligencia, valor y honradez, sabían conquistarse su independencia. Hoy la nación ha perdido principios y sentimientos, sin los que la libertad desaparece. Hoy el amor a la patria es carga en el fondo del bolsillo; anteriormente se llevaba grabado en el corazón. Muy pocos piensan actualmente en el porvenir, y parece que creen que la tiranía que los humilla y avasalla no tendrá fin, sostenida por la perversión de los grandes sentimientos populares; y como si la patria y el patriotismo fueran una quimera, corren detrás del opresor a venderles sus derechos y sus libertades, con lo cual tienen los estúpidos la lógica satisfacción de sus bajezas. La concupiscencia se sobrepone a cualquiera otra consideración. El fraude en todos los negocios es regla, en vez de ser la excepción. En política se engañan los unos a los otros, sin que ninguno tenga el valor de protestar contra la infamia."

Hablaba así Luperón algunos años después de las luchas de la Restauración, sintiéndose entonces, al contemplar el desconcierto producido por la dictadura, más henchido de admiración hacia los grandes dominicanos que culminaron en aquella etapa histórica.

Que fueron todos patriotas de relieve singular. Así con ellos pudo constituirse en esta misma ciudad de Santiago de los Caballeros, en pleno período de combates contra el régimen anexionista y las fuertes huestes hispánicas que los sustentaban, el primer Gobierno restaurador compuesto por hombres como el bizarro General J. A. Salcedo, como el patricio Ulises Francisco Espaillat, como el estadista Benigno Filomeno de Rojas, como el bravo Máximo Grullón, como el enardecido Pablo

Pajol, como Pedro Francisco Bonó, uno de los ardientes manifestantes contra la opresión; como el influyente y abnegado Alfredo Deetjen, y como los ecuanímenes Julián Belisario Curiel y Sebastián Valverde.

Hombres que supieron hacer patria. Que dirigieron conciencias. Que levantaron el espíritu público y le orientaron, no hacia los términos de las conveniencias personales, sino hacia la altura de un ideal de independencia para todos, dentro de una patria libre.

Evoquemos en este día ante los manes venerandos del héroe, los esfuerzos generosos de aquellos libertadores dominicanos y hagamos en su honor un compromiso de conciencia para que las palabras de Luperón, que anotamos al principio, no sean en estos días, llenos también de ansiedad, la expresión de una dolorosa decepción.



---

## Las Cenizas de Gregorio Luperón.

(Editorial de "El Diario" de Santiago de los Caballeros, R. D.)

**M**AÑANA saldrán del recinto sagrado en que descansan, cerca del mar, que ha estado haciéndoles tributo de rumores profundos y de espumas blancas, las venerables cenizas de Gregorio Luperón, aquel invicto hijo de Puerto Plata, que paseó su acero victorioso por montes y llanuras, al servicio de la Restauración.

La ciudad del Atlántico cederá el tesoro de esas cenizas a la ciudad primada en cuya catedral se eleva la Capilla de los Inmortales, para que duerman allí su largo sueño de siglos, junto a las cenizas de los fundadores de la nacionalidad.

¡Bello destino el de los huesos que mantienen en pie la humanidad de los patricios, de los santos y de los sabios!

La carne, ligera, pecaminosa, corruptible, cede pronto a la acción desintegrante de los elementos para restituirse a la tierra y adquirir nuevas plasticidades. Los huesos no; resisten, se defienden contra las energías trasmutadoras de las formas humanas y se hacen guardar en urnas para testimonio elocuente de la grandeza que sostuvieron en alto sirviéndole de palancas en las actividades fecundas del pensamiento.

La historia es como ellos: osamenta de los tiempos gloriosos, que conserva el brillo de una época después de podrida la carne de la acción viril y de las circunstancias y demás accidentes que determinaron la vida cuyo recuerdo se venera.

Así, la historia de la Restauración, en que descolló la humanidad de este gladiador en los campos del heroísmo, es como la osamenta espiritual de esa cruzada, de esa leyenda vivida en la que fuera Luperón uno de sus más gloriosos personajes.

Al fin los huesos, que trabaron alianza con el azul de las venas y el granate de la sangre, símbolos de la bandera patria, son el emblema más acabado de esa insignia, porque ellos, que son la muerte en el sentido material y ordinario de las cosas, son la vida en el sentido espiri-

tual de la Humanidad. Sobre ellos se levanta la cruz del manso Galileo y son, para la ideología del sentimiento dominicano, la mejor expresión de la cruz abierta con efusiones de albura en el centro glorioso de nuestra bandera.

Santiago todo se levantará en actitud de rendir honores a los restos del restaurador, y hará votos porque con ellos vayan también, en sucesivas peregrinaciones a la Santa Basílica, las cenizas de los demás héroes.

Duermen aún su sueño eterno, en tumbas pobrísimas, ingoradas algunas de ellas, las cenizas de Rodríguez, Salcedo, Monción, Cabrera, Polanco, Pimentel y demás figuras que tuvieron relieve singular en aquella confirmación del bautismo de Febrero, hecha con óleo de púrpura en las soleadas llanuras y en las lomas enhiestas, y justo es remover esas tumbas, arrancarles los tesoros fúnebres de que son avaras y conducirlos, para su colocación definitiva, con el mismo aparato militar que éstos de Gregorio Luperón, a la Capilla de los Inmortales.



Oficiales de la Policía Nacional haciendo guardia de honor en la capilla ardiente del Baluarte 27 de Febrero, el día 16 de Agosto de 1926.



---

---

La República tributa la merecida Apoteosis al  
General Luperón.

La palabra en Elogio del Héroe.

El tronar de la Artillería rubrica la  
Gloria del Guerrero.

Petición de la Ciudad de Puerto Plata.

DEL "LISTIN DIARIO" SANTO DOMINGO. R. D.

**L**A apoteosis del General Gregorio Luperón, ayer, fué el acto más resonante, el único acto resonante conmemorador de este aniversario glorioso. Merecida consagración del soldado, del estadista, del publicista, del hombre extraordinario que, al decir del Padre Merino, si no se lo hubiesen impedido circunstancias de índole insuperable, habría sido el moderno Tertuliano.

La apoteosis del héroe comenzó en Puerto Plata, que se despojó de su legítima avaricia al conceder "el rico tesoro de sus huesos", se prolongó por Bajabonico, Altamira, Santiago, Moca y La Vega y vino a terminar, cantada por la voz atronadora de los cañones, en la Capilla de Inmortales, en nuestra Catedral centenaria, junto a las piedras que consagran a sus hermanos en la gloria.

Hoy ha habido gloria para todos los dominicanos! exclamó Gregorio Luperón, cuando su sable vengador, escribió en Santiago de los Caballeros, la página del 6 de Setiembre de 1863; y la hubo también para todos ayer cuando, en hombros fuertes de patriotismo, fué conducido al Panteón.

Eran las 4.30 p. m. cuando inclemente el tiempo, incompasiva la tarde, el pueblo se encaminó al Baluarte 27 de Febrero, bajo cuya arca se levantó el altar en que, en urna patente fueron expuestos los gloriosos manes. Debajo, la frase con que él distribuyó entre todos la gloria conquistada el 6 de Setiembre de 1863. Engalanados de rojo los muros, bajo un palio de los colores nacionales, se levantaba un sen-

cillo túmulo cuadrangular en el que puso arte y amor Francisco Amiama Gómez, y encima los despojos, y mas alta la espada, cuya empuñadura fue acariciada por la recia mano del ciclope. Rodeaban la urna y servían de galanura a los muros, las ofrendas de flores naturales y artificiales en las cuales se leían estas dedicatorias: Los Nietos de Wenceslao de la Concha al Gral. Luperón; al Gral. Luperón, la Sociedad British E. Roses. La Asamblea Municipal Nacionalista, a Gregorio Luperón, con este pensamiento de José Martí: Las Antillas han de salvarse juntas o juntas han de perecer; La Respectable Logia Restauración No. 11 a su fundador Gregorio Luperón, gr. 83, el club 80 de Marzo, el Club Santiago, el Club del Comercio de Pto. Plata, el Club de Damas de Pto. Plata, La Sociedad Unión Puerto Plateña, Los Ayuntamientos de Peña, Janico, Esperanza, Valverde y San José de las Matas, de la Unión Obrera, del Ayuntamiento de Blanco, de la Gobernación de Santiago, de la de Puerto Plata, de la Unión Santiaguessa, del Centro de Recreo del Ayuntamiento de Moca, del Ayuntamiento de La Vega y de la Resp. Log. Nuevo Mundo de Santiago, y hermosa como ninguna otra la de la Policía Nacional con esta inscripción: Los hombres de la Policía Nacional tratarán de imitar el heroísmo y abnegación que les legara el ilustre caudillo General Gregorio Luperón.

Además, engalanaban el túmulo trofeos de armas de artística colocación y custodiaban los despojos, estos oficiales de la Policía Nacional: Capitán Leyba y Tenientes Goico, Aybar y Hernández con quienes alternaban los oficiales de la Policía Municipal Bermúdez, Padilla Rojas, Evangelista y Pérez; y velaban celosos de su encargo, los comisionados de Puerto Plata, para conducir los caros restos, señores Gral. Ricardo Simardo, Secretario de Estado de lo Interior, puertoplateño conocedor de la vida íntima del héroe, el Senador por Puerto Plata, Dr. J. D. Alfonso, admirador del soldado; el Pbro. Castellanos, cultivador delicado de la gloria del patriota; José Bordas Luperón, heredero del nombre ilustre y Luis Pérez, portador del amor de la ciudad del Puerto Plata a su soldado glorioso.

Serian las 5 p. m. cuando concurrió el Magistrado Presidente de la República, acompañado de los Secretario de Estado Lics. Sánchez y Estrella Ureña, Moya y Espaillat y seguido del Cuerpo de Ayudantes y del Jefe Superior de la Policía Municipal, Mayor Andrés V. Santana.

Inmediatamente después de la llegada del Presidente, se irguió en la tribuna nuestro joven orador máximo, Lic. Arturo Logroño y produjo el discurso épico en elogio del estadista, del patriota, del soldado, del publicista, del labriego, del gigante que señoreó todas las cumbres y en todas "mostróse soberano" y de las fulgurantes palabras surgían las páginas de Guanuma, Arroyo Bermejo, el Sillón de la Viuda, Baní, Paso del Muerto, hasta poner en hombros fuertes de patriotismo y de juventud la preciosa carga. En cada evocación gloriosa las palmadas interrumpían la épica oración.

Y el desfile fue así: la urna precedida por la señorita Maria Patín Pichardo portadora de la espada gloriosa del General Luperón, en hombros de oficiales de la Policía Nacional, llevando las cintas pendientes las señoritas Gloria Linares, Blanca Ortori, Lalita Rodríguez y Clarita

Pichardo, hasta colocarse, frente a la bandera nacional y a la del regimiento, mientras eran presentadas las armas y ejecutado el Himno de la República, que fué escuchado como oración solemne.

Luego el desfile fué definitivo así: el batallón, con bandera desplegada, marchando al son de un paso doble marcialísimo ejecutado a movimiento de ochenta pasos por minutos; los portadores de las coronas ofrendadas, la urna, la comisión portadora de los restos, las autoridades militares, y el pueblo delirante de patriotismo. El desfile se realizó por la calle Separación hasta Arzobispo Meriño, entrando a la Basílica por la puerta de San Pedro, en donde la esperaba el Presidente de la República y el Señor Arzobispo Coadjutor. En el santo templo, colocada la urna sobre un túmulo levantado en el centro de la nave central el Señor Arzobispo, acompañado de varios sacerdotes, entonó un responso y bendijo los despojos venerandos.

Cuando terminó el breve oficio el Pbro. Castellanos desde el púlpito, en frases breves, llenas de patriotismo robusto, hizo un breve elogio de las proezas luperorianas, invocó su patriotismo y su ejemplo para hacer la unión de los dominicanos y para ejemplo de gobernantes y terminó pidiendo por Puerto Plata que el hueco dejado por la exhumación, sea llenado por el Gobierno, con la erección en el parque de su nombre, en Puerto Plata, de la estatua que la República le debe.

Cuando terminó el Padre Castellanos, la concurrencia, fuese lenta, silenciosa, hasta la Capilla de Inmortales, y cuando entraba la urna en la gloriosa oscuridad de aquella tumba, iluminada por los resplandores de la Historia que allí se encierra: las baterías tronaban y el humo, en espirales, rubricaba en el ambiente, las proezas del soldado que fué enorme en su grandeza patriótica, grandeza tan enorme, gloria tan grande, «como la injusta tardanza de su glorificación». Y junto a la gloriosa tumba quedó luego el mármol en que la Provincia de Puerto Plata envió su amor al hijo que la honrara en cien momentos.

---

Las sombras entraron en el templo y el pueblo se fue robustecido en la fé patriótica por el hálito brotado de las piedras que las cubren.

---

Volvió a tronar la artillería, cuando la bandera descendía de los viejos torreones y el sol de Capotillo volvió a ocultarse hasta que surja un nuevo amanecer reparador.

---

## La Apoteosis del Gral. Luperón, Grande de la Patria.

(DE "NUEVO DOMINGO" CAPITAL R. D.).

**A**UNQUE tarde, la República Dominicana se determinó a honrar la venerable memoria del que fué el brazo más poderoso de la Restauración: el General Gregorio Luperón.

La historia de este hombre maravilloso pasma por la fulgurante estela que dejó en pos de sí cuando con el brazo levantado esgrimía la espada más tajante de aquella gloriosa epopeya. Cuando se ahonda en el interior de esa vida cree uno encontrarse en presencia de un héroe de Plutarco, porque sus rasgos no se diferencian en nada de aquellos seres privilegiados que labraron su propio renombre con una constancia emuladora.

Surcido de las capas humildes de la sociedad; sin bienes de fortuna y sin la cultura necesaria para brillar sin esfuerzos mayores, todo se lo debió así mismo, pudiendo decirse de él que fué el artífice de su propia personalidad.

Ocupó, por derecho, que nadie osó discutirle, los puestos más elevados; y por sus actuaciones siempre señaladas por un tacto y una discreción admirables, se captó el respeto de sus conciudadanos.

No fué un político adocenado y hasta pudiéramos decir que puso un sello de genialidad en todos los rasgos de su vida pública.

Tuvo toda la rudeza de un militar, porque su carácter se formó al calor de los vivacs, en la arena candente de los campamentos; pero eso no fué óbice para que en todas las circunstancias diera pruebas irrefutables de su devoción a las leyes y del respeto que le inspiraban las instituciones civiles.

Amó a su Patria fervorosamente y nadie como él trabajó para dar á conocer en el extranjero esta tierra, víctima hasta ahora de las más despiadadas calumnias.

Su amor a la libertad y el alto concepto que se había formado del derecho que tenían los pueblos para disfrutarla, le captaron la simpatía de Hostos, de Betances, de Maceo y de otros preclaros varones que supieron aquilatar sus méritos indiscutibles.

Bien hace la República Dominicana rindiéndole el homenaje que ha ordenado el Congreso, porque si los pueblos, como decía Martí, se honran honrando, el nuestro se coloca en un alto pedestal quemando el incienso de su admiración ante el recuerdo venerando de ese emúlo de Páez, que tan alto supo levantar nuestra bandera.

Loor al héroe y gloria eterna a la República!



---

# FIESTAS PATRIAS.

## APOTEOSIS LUPERON.

(DE "NUEVO DIARIO" CAPITAL, R. D.).

**C**UPLIMENTADO a cabalidad, quedó el tradicional programa de festejos oficiales en conmemoración de la gloriosa fecha de la Restauración Dominicana.

El día 15 a la hora meridiana, el acostumbrado himno nacional en la Plaza Colón, por la Banda de la P. N. D.

Algunas máscaras, muy pocas por ciento, en la tarde y en la noche concierto y fuegos artificiales en el Parque Independencia con iluminación de la glorieta del mismo parque y de la fachada del Palacio Municipal.

Ese día a las 6 (p. m.) la salva de costumbre en la Fortaleza, cuya fachada lucía una vistosa iluminación eléctrica.

Ayer día 16, desde temprano impertinente lluvia parecía como que iba a deslucir todos los actos anunciados para la mañana y para la tarde. Sin embargo, dichos actos se realizaron. A las 10, quedó instalado el Congreso Nacional, mientras la Fortaleza hacía una salva de 21 cañonazos. Las directivas de ambas Cámaras quedaron elegidas de este modo:

Cámara del Senado: Presidente: Ldo. Gustavo A. Díaz, reelecto; Vice-Presidente, Vicente Linares; Secretarios: Ml. de J. Gomez y Enrique J. de Castro.

Cámara de Diputados: Presidente: Ernesto Bonetti Burgos, reelecto. Vice-Presidente: Pbro. David Santamaría; Secretario; Juan de J. Curiel y M. R. Castellanos.

Cerrada la sesión, tanto el Honorable Presidente de la República, como sus Secretarios de Estado, Senadores, Diputados, altos empleados públicos, etc., se dirigieron a la Santa Iglesia Catedral, donde fué cantado un Solemne Te Deum en acción de gracias. Después la comitiva en-

grosada con el Cuerpo Diplomático y Consular, se dirigió al Palacio de Gobierno, haciéndose allí elocuentes brindis por la prosperidad de la República y por la gloriosa fecha aniversaria.

Tanto al entrar a la Catedral como a su salida, las fuerzas de la P. N. D., alineadas frente a la puerta de dicho templo, en la calle Arzobispo Meriño, rindieron los honores al Presidente de la República, así como a la salida del Palacio Nacional, dirigiéndose más tarde las tropas hacia el Baluarte "27 de Febrero", para rendir a la bandera gloriosa de Febrero y Agosto, los honores correspondientes.

La lluvia mientras tanto, no cesó un momento durante todo el día hasta pasadas las 4 y 30 que cesó, aprovechándose entonces para conducir desde el Baluarte 27 de Febrero hasta la Capilla de Inmortales, en nuestra Catedral, los venerables despojos del invicto paladín, el gloriosísimo adalid de la Restauración, General Gregorio Luperón, cuyos restos se encontraban en capilla ardiente en el Baluarte, desde las 7 de la mañana.

Tendidas las tropas frente a la gloriosa Puerta, y en su puesto el Honorable Presidente y los hombres que componen su Gobierno, Senadores, Diputados, altos Magistrados, y una muchedumbre inmensa, escaló la tribuna el notable orador Lcdo. Arturo Logroño, quien hizo la apología del gigantesco y glorioso soldado restaurador, la más fulgurante espada de aquella sangrienta jornada libertaria. Brillantísima, notable, emuladora fué la oración del Lcdo. Logroño, enaltecedora de los hechos portentosos realizados por aquel hombre enorme.

Terminado su discurso, el Licenciado Logroño, se organizó el desfile hacia la Catedral, por la Calle Separación. Las tropas delante, en correctísimas líneas de a cuatro hombres y después las andas que conducía la urna con los venerados restos del héroe inmortal.

Cuatro señoritas iban junto a la urna, llevando cada una simbólica palma y delante otra señorita, conduciendo la gloriosísima espada del invicto General Luperón, la misma que en mil combates blandió flameante el héroe prestantísimo y valiente.

Llegados los restos a la Catedral, fué cantado allí un responso por el Ilmo. y Revdmo. Monseñor de Mena, e inmediatamente escaló la tribuna sagrada, el Pbro Canónigo, Lcdo. Rafael C. Castellanos, quien a nombre de Puerto Plata, dió las gracias al Gobierno por haber honrado y glorificado la memoria del hijo invicto y querido de Puerto Plata, refiriendo además, algunas de las hazañas extraordinarias del más grande de los próceres restauradores.

Después... los restos del gloriosísimo dominicano, fueron sepultados para siempre, en la Capilla de Inmortales, disolviéndose la concurrencia.

En la noche, se efectuó un gran concierto en la Plaza Colón, por las Bandas Municipal, de la P. N. D. y la Correccional, viéndose el Parque enormemente concurrido. Se quemaron además, vistosos fuegos artificiales.



El cortejo fúnebre que conduce la Urna sagrada, en marcha por la calle Separación, en la ciudad de Santo Domingo, hacia la Basilica, donde reposarán para siempre.

COLECCION  
"MARTINEZ BOOG"  
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA



Llegada a la puerta mayor de la Basilica de la ciudad de Santo Domingo, del cortejo que conduce la Urna sagrada; y que, recibida por el Honorable Presidente de la República General Don Horacio Vásquez y su S. I. Menseñor de Mena fué inhumada en la Capilla de los Inmortales.



---

## EN EL ALTAR DE LA PATRIA.

---

(De la Revista ilustrada "Blanco y Negro" Santo Domingo, R. D.)

**N**UESTRA historia es una inmensa y abrupta cordillera.

Si en las hondonadas y en los estrechos desfiladeros merodean las sombras y asoman torvos los abismo, en cambio aquí y allá, a largos o breves intervalos, las cumbres gloriosas de sus magnas epopeyas brillan como soles deslumbrantes.

La Patria ha tenido días de intensas amarguras, largas horas de dolor y de impotencia, cuando brazos titánicos abatían sobre sus miembros entumecidos certeros golpes capaces de quebrar recios pendones para toda la vida.

Hubo días muy lóbregos en que los cielos encapotados negaban la dulzura de la más leve esperanza. Pero en los corazones hervía lleno de coraje el santo anhelo de la libertad, y cien batallas nos hicieron dignos de adquirirla y sostenerla.

Tal es la fuerza de la sangre, que ella nunca se derrama inútilmente, y sus ríos impetuosos, rojos como el fuego, son capaces de pujar y empinar hasta los cielos las abruptas cumbres en que se posa el sublime beso de la Gloria.

Y si hubo traidores capaces de arrojarnos al hondo del sepulcro, a trueque de vana y pasajera gloria, ahí estabas tú ¡oh, lejano cerro de Capotillo! que acogiste al puñado de valientes restauradores y le diste fuerza monstruosa para sacudir el yugo, barrer a los intrusos y devolvernos el airoso y soberbio pabellón que había purificado el fuego de los más ardorosos combates.

Después de aquella hazafia del 16 de Agosto hemos presenciado sesenta y tres años que no han sido todos de gloria. Nuevas caídas vinieron indicadas por la perversa mano del destino, como para probar el temple de nuevas generaciones, y mantener encendida la gran hoguera del sacrificio en el ara sagrada de la Patria.



Madrid

Santo Domingo Dec 1<sup>o</sup> /85

Exal Gregorio Luperon

Estimado Corrujo

Hease mi viaje sin  
novedad. Gracias por su recomendacion, le quedo agradecido.  
Carinorosamente En Jhyo me recibas  
Ayuda. El se fue para

Despues le di a' Ud todo  
Le quise en Corrujo

M. Gomes:





---

## EVOCANDO Y RECORDANDO A LUPERON.

(DE LA REVISTA ILUSTRADA "LA OPINION", CAPITAL R. D.).

**C**ONOCI al general Gregorio Luperón cuando aun tenía un año de restaurada la República.

En mayo de 1866 llegó a la Ciudad de Febrero el trío de jóvenes generales que constituían el TRIUNVIRATO: Luperón, Pimentel y García.

El segundo era el de mayor edad y había sido Jefe del Gobierno de la Revolución, con su sede en Santiago de los Caballeros, como sucesor de Gaspar Polanco y de José Antonio Salcedo. El tercero sólo tenía entonces 24 años, como Córdoba en la batalla de Ayacucho. El primero frisaba en los 27, como Sucre en la de Pichincha.

Los tres eran próceres restauradores, vencedores en épicas jornadas, y lucían, con los entorchados, los laureles ganados en lid gloriosa.

Luperón era ya amigo de mis hermanos, Manuel y Daniel, oficiales del ejército restaurador, y en lo adelante lo sería muy cordial de todos los Heuríquez. Esa amistad se intensificó luego, en cuanto a mí, por mi consagración al ministerio del periodismo de edificaciones cívicas, que él ponderaba y loaba de continuo, y por haber sido yo uno de los primeros en adherirme al ideal antillano. Próceres de ese ideal eran Betances, Luperón y Meriño; y los tres fueron amigos míos y el último había sido mi maestro.

El general Luperón había logrado, como pocos, establecer el equilibrio entre su organismo físico, robusto y sano, y cada uno de sus organismos psíquicos. Por encima de su cultura mental, sobresalía siempre su talento. Tenía el corazón abierto y la voluntad propicia a las altas ideas y a las causas nobles.

Era un carácter. Para serlo, integérrimo, su espíritu había pasado por un doble crisol: el patriotismo y el heroísmo. Su vida ofrece una serie de actos y de hechos como demostración y prueba de su carácter rectilíneo; pero sólo citaré dos actos suyos que lo destacan, como patriota y como héroe, a plena luz meridiana y de cuerpo entero.

\*\*\*

Sea el primero:—En aquel tiempo que dije—cuando los triunviros

se trasladaron a la capital para ejercer en ella las funciones del gobierno revolucionario—suscitóse entre ellos un hondo desacuerdo de carácter político. Pimentel se enojó y buscó en un golpe de mano la solución que él deseaba. El asumiría, solo, el mando compartido con sus colegas. La falange convulsiva estaba lista, a medio día, cuando Luperón, seguido de Federico de J. García y con un puñado de jóvenes que le eran adictos, presentose en la Fortaleza del Homenaje e hizo abortar aquella azarosa aventura. Un rasgo cívico sirvió de complemento a ese gesto heroico. Inspirábalo el patriotismo. Ese mismo día, convocada por él, celebróse una reunión de notables. A ella concurrieron los generales Cabral, Pimentel y García.

En un discurso,—que fue una patriótica arenga—puso de manifiesto la necesidad de agruparse, todos los ciudadanos, en torno de un gran prestigio para establecer en el país un gobierno y dejar la nación legalmente constituida. Solo el héroe de Santomé y de la Canela, no obstante su desasimiento y su modestia—según el general Luperón—gozaba entonces de ese gran prestigio y podría garantizar la paz y el orden jurídico.

La actitud y la iniciativa del bizarro restaurador determinaron enseguida:

1º—Que el Triunvirato delegase sus funciones en el general José María Cabral. 2º—que el general Cabral fuese único candidato ante los comicios para ocupar, como la ocupó en septiembre de 1866, la Presidencia Constitucional de la República.

\*\*\*

Sea el segundo:—En 1874 la juventud puertoplatense había llevado mi nombre a las urnas para una curul del Congreso; y, aunque un fraude electoral, cometido en Blanco, me dejó fuera de las Cámaras, en mayo de 1875 fui a Puerto Plata, por primera vez, para expresarles mi reconocimiento a quienes en la ciudad isabelina diéronme la mayoría.

Hostos acababa de llegar, como yo, cuando me fué presentado allí por el Dr. Betances. Un día estábamos los tres de visita en casa del Gral. Luperón, postrado éste bajo las garras de un doloroso reumatismo, cuando llegó a saludarlo el ex-ministro de la guerra de Haití, recién venido de Port-au-Prince. Al punto hubo de inquirirse la causa de su exilio y oímos de sus labios la narración dramática de un hecho inaudito. Una montonera armada de fusiles y con una pieza de artillería, al servicio de quien en esa hora menguada se tenía por amo del feudo, había atacado, sucesivamente, el domicilio de dos haitianos distinguidos: Brice y Monplésir Pierre. Ambos resistieron, solos, el asalto salvaje, y, a tiro de rifle, cada uno de ellos abatió unos cuantos de la montonera, antes de caer muertos sin rendirse ni pedir gracia. Como movido por una corriente magnética y olvidado de su reumatismo—en oyendo el final del trágico suceso—el general Luperón saltó del lecho y prorrumpió en frases efusivas en elogio de ambos héroes del civismo.

Pasaron algunos meses, y, a fines de enero de 1876, en cumplimiento de una orden inconsulta y temeraria, el gobernador de la provincia destacó una fuerza para hacer preso al restaurador insigne; y se repro-

dujo la dramática escena de Port-au-Prince. El general Luperón convirtió su casa en un reducto. Desde el balcón del segundo piso, acompañado de Félix Tavárez, su hermano político, logró contener al pelotón que lo asaltaba. Se ha dicho que su suegra—una mujer activa y sin miedo—era quien proveía de cápsulas a ambos heroicos combatientes.

La noche puso su velo de sombras encima de la ciudad consternada, mientras de todas partes acudía la gente a ponerse a las órdenes del caudillo. Lució el nuevo día, y el gobernador se vió compelido a ceder el campo. Tres días más tarde, el 27, se iniciaba en Santiago aquel movimiento político, de edificación cívica, que se conoce en la historia nacional con el nombre de la Evolución de Enero.

FED. HENRÍQUEZ Y CARVAJAL.

---

## LUPERON, PENSADOR Y SOLDADO.

(DEL "BOLETIN DE NOTICIAS", PUERTO PLATA, R. D.)

**E**L próximo 16 de de Agosto serán trasladados desde Puerto Plata, donde reposan, a la Capilla de Inmortales de la Capital, los restos del General Luperón. Con tal motivo, al paso de esos restos por Santiago y a su llegada a la Capital, se le tributarán grandes apoteosis digna de la talla del gran Restaurador.

El General Luperón es la figura militar más brillante de la epopeya Restauradora.

Descartado Santana por su traición abominable a la República, el General Luperón viene a resultar, junto con Duvergé, los dos paladines guerreros más invictos de nuestras luchas emancipadoras.

Luperón no era sólo un soldado, sino también un cerebro esclarecido, un pensador de altos y profundos vuelos. Bajo este aspecto se le conoce muy poco.

La mejor fuente de civismo que pudiera hallar nuestra juventud indiferente y sólo interesada en los gajes de la política, sería la lectura de los "Apuntes Biográficos" de Luperón, verdadero decálogo de enseñanzas morales y cívicas.

Es realmente sensible que en nuestro país aún no se haya podido apreciar ni estimar en todo lo que vale, la obra intelectual de Luperón, que es realmente interesante y valiosa no por la cantidad, sino más bien por la calidad.

Con los pensamientos, máximas de enaltecedora moral contenidos en los "Apuntes Biográficos," de Luperón debieran escogerse los mejores de ellos y hacer pequeñas monografías que sirvieran como parte de las enseñanzas patrióticas, morales y cívicas en nuestras escuelas y colegios, por el estilo de lo que se hace en Cuba con los pensamientos de Martí y de Luz Caballero.

Este sistema de enseñanza moral y cívica tiene la ventaja de que los educandos se familiarizan con el personaje y sus hechos. Todo hombre superior ha de poseer un alma grande y generosa: de ahí la profundidad de pensamiento del General Luperón, su acendrado amor a la Patria y a la Justicia.

Monsieur Victor Hugo aura  
l'honneur de recevoir Monsieur  
le Général G. Luperon Dimanche  
Soir premier Mars à neuf heures.

Mr. Victor Hugo tendrá el honor de recibir al Sr. General G. Luperón,  
el Domingo, primero de Marzo, a las nueve de la noche.

París, 3 de Abril 1882.

Paris 3 avril 1882

Monsieur,

M. Victor Hugo a été fort touché  
de la lettre que vous lui avez adressée.

Il vous accueillera volontiers  
avec votre famille, à la réception  
d'Amis le Dimanche prochain  
neuf heures du soir.

Croyez à mes meilleurs sentiments.

Richard Leselides

Señor:

El Sr. Victor Hugo se ha sentido muy conmovido por la carta que le  
dirigisteis. El os recibirá complacido lo mismo que a vuestra familia, en  
su reunión de amigos del Domingo próximo a las nueve de la noche.

Aceptad mis mejores sentimientos.

RICHARD LESELIDES.



Mientras en los Estados Unidos en la época de sus hazañas memorables se escribieron en periódicos y revistas, en inglés, extensas biografías del invicto soldado y humanista. (que lo era Luperón sin duda alguna por el conocimiento que revela en sus escritos de los hombres y de la vida) en nuestro país aún no se ha hecho nada digno del héroe debido a nuestra proverbial apatía e indiferencia.

Muy justa y muy merecida juzgamos nosotros las apoteosis y homenajes que se le rendirán a las veneradas cenizas del General Luperón, pero aún no se ha hecho lo bastante ni se ha honrado como se debe y lo merecen la memoria esclarecida de nuestros libertadores. Ya sus estatuas debieran estar desde hace tiempo adornando nuestras plazas públicas, a la vista de todos para recordarlos a cada instante, para que sus hechos, al evocarlos, nos sirvieran de ejemplares enseñanzas sobre todo en este tiempo de mercantilismo político y de política rastrea, carente en absoluto de ideales.

M. M. MORILLO.

San Pedro de Macoris, Agosto 7 de 1926.

---

---

## Los restos del General Luperón en la Capilla de los Inmortales de la Catedral de Santo Domingo.

La República Dominicana, conmovida, rinde homenaje sin precedentes al héroe de su Restauración.—El Presidente de la República con el Gabinete en pleno, presencia la Apoteosis. Cuba se unió al Homenaje.

(POR CABLE FRANCES.)

**SANTIAGO DE LOS CABALLEROS**, República Dominicana, agosto 18. Como anuncié el día 14 salió de Puerto Plata la comitiva que escoltaba los restos del Gral. Gregorio Luperón, héroe de la restauración de la República y uno de nuestros máximos libertadores. El recorrido fué de trescientos kilómetros, por ferrocarril. Pasamos por Bajabonico, Altamira, Santiago, Moca, La Vega, Bonao, hasta llegar a Santo Domingo, la ciudad Capital. En todo el trayecto el pueblo se congregó en las estaciones ferroviarias para saludar y unirse así al homenaje que toda la República le ha rendido al gran dominicano. A Santo Domingo llegamos el día 15. El recibimiento que se nos hizo no tiene precedentes. En el lugar denominado "Baluarte 27 de febrero", se trasladó la urna funeraria y allí colocada, la muchedumbre desfiló reverente, recordando el patriotismo, la abnegación y el desinterés del general Luperón. El día 16, aniversario de la restauración republicana, la apoteosis consiguió la nota más extraordinaria. Todo Santo Domingo se desbordó para exaltar la memoria de su patriota legendario. Debajo de la urna se distinguía la frase que pronunciara el general Luperón en Santiago de los Caballeros el 6 de septiembre de 1863, cuando atacó dicha plaza derrotando las fuerzas adversarias y afirmando así el triunfo de la República: «Hoy ha habido gloria para todos los dominicanos.»

A las cinco de la tarde del día 16 concurrieron al Baluarte 27 de febrero para unirse al homenaje tributado al general Luperón, el señor Presidente de la República, y los Secretarios del Despacho siguientes: Estado, Justicia, Hacienda y Agricultura, señores Sánchez, Estrella Ureña, Moya y Espaillat, el cuerpo de ayudantes y el Jefe de Policía Municipal señor Andrés Santana, el Cuerpo Diplomático, el Poder Judicial,



el Senado, la Cámara de Diputados y representaciones de la prensa. La multitud era enorme. Acto seguido pronunció el discurso-panegírico el doctor Logroño, quien recordó las hazañas guerreras del patriota Luperón, de su esfuerzo por el restablecimiento nacional, de su decisión por asentar la República en una base de democracia y justicia. Citó el ejemplo verdaderamente glorioso de su negativa cuando se le ofreció, realizada la paz, la presidencia de la República. Aludió a sus hazañas victoriosas en las batallas de Guanuma, Arroyo Bermejo, Sillón de la Viuda, Baní y Paso del Muerto. Los aplausos alcanzaron caracteres de ovación y el doctor Logroño bajó de la tribuna en medio de las más calurosas felicitaciones por su elocuencia. Se inició el desfile para escoltar hasta la catedral de la Primada de las Américas, los restos del General Luperón y sepultarlos en la Capilla de los Inmortales. En los momentos que bajaba la urna, se oyeron las descargas de fusilería, honores que le rendía los cuerpos armados de la República a su ilustre precursor. Ofició en la misa de la catedral el padre Castellanos, quien pronunció también una hermosa plática en memoria del caudillo. Coincidiendo con estos actos hubo en el Palacio Presidencial una recepción conmemorativa del aniversario de la restauración de la República. También hubo una parada militar. El Presidente de la República de Cuba, envió un expresivo cable de solidaridad al Presidente de la República Dominicana.

#### GERMAN PEDRO DIAZ.

##### NOTA DE REDACCIÓN.

Por muchos motivos Cuba se encuentra unida a la República Dominicana, y al conocer hoy de la apoteosis rendida al gran patriota general Gregorio Luperón, que también prestó su concurso a la causa de libertad cubana, se identifica con el regocijo y la reverencia que Santo Domingo ha demostrado en el acto conmemorativo que acaba de realizar. No pueden olvidar los cubanos que en Santo Domingo nació el generalísimo del ejército libertador de Cuba, Máximo Gómez, y que con Martí, cruzó desde las costas dominicanas hasta las costas cubanas el gran caudillo. Así es que EL MUNDO, interpretando los sentimientos de nuestro pueblo, desea hacer llegar hasta la Antilla hermana la solidaridad en el homenaje y en la festividad restauradora de los ideales republicanos de Santo Domingo. Y para que mayor fuerza tuviera esta identificación patriótica en todo el acontecimiento del traslado de los restos del general Luperón, EL MUNDO estuvo representado por su corresponsal en aquella nación, el señor Germán Pedro Díaz, que enalteciendo su patria por los méritos y los prestigios de su héroe, ha rendido una amplia información que al reproducirla nosotros hemos querido de esa manera saludar y estrechar más aún la amistad de Santo Domingo con la República de Cuba.

(De EL MUNDO. Habana.)

---

El Presidente Machado, en Mensaje cordialísimo, tributa la admiración de Cuba al Gral. Luperón y expresa al Presidente Vázquez las simpatías de su pueblo en la fecha de nuestra Restauración.

Elusiva respuesta del Presidente Vázquez.

HABANA, Agosto 16, 1926.

Honorable Señor Presidente de la República.  
Santo Domingo.

No pudiendo en manera alguna pasar inadvertido para mi país el acto que como merecidísimo tributo se rinde hoy en la República Dominicana en memoria del Caudillo de sus Libertades General Gregorio Luperón por cuanto aparte de otros estrechos vínculos que nos ligan a esa Nación hermana el General Luperón cooperó también con fervor y entusiasmo al logro de las Libertades nuestras, hago llegar en nombre de la República de Cuba y mio especialmente a nuestra vecina antillana este Mensaje expresivo de la honda simpatía con que nos asociamos en la fecha gloriosa de su Independencia al homenaje nacional ofrecido al recuerdo del insigne General Luperón.

GENERAL MACHADO.

Presidente de la República de Cuba.

Santo Domingo. Agosto 17, 1926.

A su Excelencia el Presidente Machado,  
Habana.

Interpretando por mis propios sentimientos los del pueblo y Gobierno dominicanos, expreso a Vuestra Excelencia la profunda gratitud y la sincera simpatía con que hemos recibido el significativo homenaje con que el pueblo y Gobierno de Cuba se han dignado asociarse al acto

Querido General  
Agradeciendo por su  
preciosa carta de 16 de  
Abril, con permiso de usted  
que no pueda recibir  
visitas por motivos de  
salud  
Su Dev. me  
C. Garibaldi  
Napoli 5 Maggio 1876

General  
G. Saperon  
Paris

Nota.—Por motivos de salud el Gral. Garibaldi se excusa de recibir a nuestro héroe, pero en carta posterior le anuncia que le recibirá con satisfacción.

